



F. N. GRAW

TRAICION SANGRIENTA





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (8).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una chubasca abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro (8).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror. (3).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (8).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varká. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (8).
56. Hombres armados. (10).
57. Enverosa elección. (3).

58. La bestia escarlata. (3).
 59. Huellas de ultratumba. (11).
 60. S. O. S. (8).
 61. Biletes malditos. (3).
 62. Camino de perdición. (12).
 63. Camaradas enemigos. (8).
 64. A la deriva. (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada. (3).
 67. «Killers» a sueldo. (5).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou. (3).
 70. Punto final. (6).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura. (13).
 74. El confidente. (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco. (5).
 77. El vengador negro. (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado. (6).
 80. Secreto de Estado. (4).
 81. Alias «Luggers». (5).
 82. Hora «D». (3).
 83. Carne de horca. (4).
 86. Rastros perdidos. (8).
 87. Contrato siniestro (3).

En preparación:

AL BORDE DEL ABISMO

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Mans. | (6) Alar Benet. | (11) Thomas Setters |
| (2) Fred Baxter. | (7) A. G. Murphy. | (12) John Nebel. |
| (3) Frank McFair. | (8) Lewis Haroc. | (13) Thomas Warton |
| (4) Eddie Thoray. | (9) J. L. Martin. | (14) F. N. Graw. |
| (5) O. C. Tavin. | (10) Jack Brooklyn. | |

I



¿Dónde tiene los ojos?

UIDADO, hombre!

Desde uno de los barcos amarrados al muelle veintinueve, en el East River, un marinero que manejaba un chigre increpaba a un hombre, al que casi había aplastado como un fardo.

El otro apenas levantó la cabeza. Aparentaba unos Cincuenta años y su manera de andar indicaba su embriaguez.

Un guardia del tráfico le reprendió sin acritud:

—¡Siempre lo mismo, «Pop», siempre lo mismo!

Hacía muchos años que le conocía. Todo el mundo le llamaba como él, «Pop», y aquel individuo, a fuerza de oír el apodo terminó olvidando su propio nombre.

Regentaba un tabernucho situado en Franklin Street, casi en el cruce con West Street.

El estado de alcoholismo habitual le había conducido a una imbecilidad latente, que se disipaba en contados momentos y que le permitía intervenir con una relativa lucidez en cuantos asuntos

turbios olfateaba a su alrededor.

Aquella tarde, cerca ya de las ocho, «Pop» hizo su triunfante aparición en el bar, y se dirigió, tambaleándose discretamente, hacia la barra.

—Hola, Yen —un chino que despachaba licores, su lugarteniente y socio, le miró indiferente—. Yo creo... bueno... además... —«Pop» hacía esfuerzos enormes para coordinar sus dispersos pensamientos. Yen... hijo mío...— el gesto del asiático se endureció un poco. Le desagradaba aquella supuesta paternidad. —Claro... yo tenía que hacer... yo tenía que hacer...

Imposible; a pesar de sus esfuerzos, «Pop» no podía llegar a feliz término. No; decididamente, no recordaba lo que tenía que hacer.

—Dame una copa.

El chino le sirvió en silencio, y «Pop», después de apurarla de un trago, eructó ruidosamente. Se disponía a tomar otra, cuando le asaltó nuevamente el recuerdo confuso de alguna ocupación.

—Yen, hijo mío. ¿Sabes tú lo que yo tenía que hacer?

El oriental le contempló unos segundos en silencio, preguntándose mentalmente cuánto tardaría en morir aquel espantajo borracho. Como la apetecida defunción no se produjese, contestó con cierta amargura en su voz:

—Ver a Ringo.

«Pop» resplandecía de júbilo. ¡Por fin! ¡Eso era!

—Gracias, Yen, hijo mío; eso era, indudablemente... Era eso... era eso... Sí, sí... eso era.

Se mantuvo amodorrado unos segundos, paladeando la dulce felicidad de saber lo que tenía que hacer, y de repente dio un respiro.

—Pero ¿dónde? ¿Dónde tenía que verle?

Nuevamente la amargura se extendió por su faz, y contempló al chino como se mira a un dios. Yen musitó unas acerbos consideraciones acerca del estado de embriaguez y de lo fácil y cómodo que resulta comprar una agenda para anotar las citas, y le contestó con aspereza:

—Está ahí dentro, en el despacho.

«Pop» le miró boquiabierto. ¡Qué memoria privilegiada! ¡Indudablemente, aquel chico llegaría muy lejos!

—En el despacho... eso es... en el despacho... y claro... que...

eso, eso... Bueno, dame otra copa.

Después de beberla avanzó, con pesados pasos, hacia el fondo de la sala. Apartó unas sucias cortinas y siguió por un pequeño pasillo, hasta abrir una puertecilla bien disimulada.

La habitación donde entró, el despacho, como pomposamente la llamaba Yen, parecía más bien una pocilga y no de las más limpias. En el centro, una mesa grande cargada de botellas y papeles arrugados. En un extremo se pudrían los restos de unos «sándwiches». Una espesa capa de polvo lo cubría todo, amortiguando los matices.

Junto a la mesa estaba un hombre joven, de unos treinta y cinco años, trajeado de una manera chillona y llamativa. Era alto y moreno.

—Hola, «Pop». ¿Cómo siempre?

Tenía la voz bronca y desagradable. Su tono era zafio y denotaba ser persona de escasa o nula cultura.

—Hola, Ringo... Yo he venido porque tenía... tenía que verte y... he venido.

Fatigado por aquel esfuerzo oratorio, «Pop» se dirigió a un pequeño armario, adosado a una de las paredes, sacó una botella y echó un largo trago. Le ofreció a Ringo.

—¿Es que no tienes un vaso?

Al hombre parecía desagradarle la idea de poner sus labios en el mismo sitio del otro. «Pop» le miró asombrado.

—¿Un vaso?... ¿Un vaso? —Recapacitó unos momentos—. ¿Para qué quieres un vaso, Ringo?

El otro le miró con desagrado y dejó la botella sobre la mesa.

—¿Qué es lo que quieres, «Pop»?

El borracho le miró con asombro.

—Yo... creo que... tenía... bueno, eso es... tenía que verte. Para... para... imposible. «Pop» no se acordaba para qué, y le miró angustiado.

—¿Para ponerme en comunicación con «el Tirantes»?

«Pop» le miró radiante.

—Eso, eso.

—Pues, amigo mío, «eso» ocurrió hace cinco días. Además, tengo esta habitación alquilada para esta tarde y cómo estás molestando, lárgate.

Ringo le empujó con pocas consideraciones hacia la puerta. «Pop» le miró suplicante.

—Ringo... Ringo... no me engañes. ¿Me has pagado ya?

El otro le contempló con cierta lástima. Le veía debatirse en la duda, incapaz de recordar nada, con su torpe cerebro...

—Podría decirte que sí. Pero no lo he hecho. Toma.

Le dio un tajo de billetes, que el borracho agarró con mano temblona.

¡Bebida! ¡Todo aquello representaba bebida!

Tal era su entusiasmo, que osciló peligrosamente al salir, y de un tremendo bandazo fue a dar con su pecadora frente en el borde de la mesa. Se hizo una pequeña brecha. Empezó a manar sangre.

—Herido... estoy herido... Ringo, hijo mío, ayúdame.

Con una serie de reniegos y palabrotas, Ringo intentó echarle de la habitación, pero el borracho, aferrado a su idea, se negaba a moverse.

—Herido... estoy herido... herido —de repente se sintió inspirado—. ¡Llama a Yen!... Eso, eso... llama a Yen.

Ringo le maldijo con toda su alma, pero al no conseguir moverle, y recordando que el oriental tenía mucho ascendiente sobre él, salió hacia el pasillo.

—¡Yen! ¡Yen! ¡Ven enseguida!

Desde el fondo llegaba un ruido confuso de voces coléricas y muebles violentamente removidos.

—Una pelea. ¡Lo que faltaba! —rezongó Ringo—. ¡Yen! ¡Yen! ¡Ven de una vez, maldito!

No parecía oírle nadie. Desde el despacho, «Pop» seguía gimiendo y llamando a voces al chino. Ringo se detuvo, indeciso. No quería que nadie le viese. No; decididamente, no le convenía penetrar en la sala del bar.

—¡Yen! ¡Yen!

El chino parecía no oírle. Avanzó unos pasos. Convenía quitar a «Pop» de allí. Llegó hasta las cortinas y las separó un poco, atisbando discretamente.

Plantado en el centro del bar, con una silla enarbolada, un hombrecillo bajito y terriblemente fornido aporreaba a un negro.

—¡Toma, puegco! ¡Llámame «fiejo» otra vez! Su deficiente inglés indicaba su origen escandinavo, aunque su físico lo desmintiese. Su

cabello era moreno y unos enormes bigotes contribuían a darle un aire latino.

—¡Toma! ¡Toma!

Rítmicamente dejaba caer la silla sobre el moreno, que procuraba taparse, gimiendo.

Varios espectadores seguían, impasibles, la escena. Aquello era habitual por aquellos barrios.

—¿Tienes «fastante»? Di, ¿tienes, «fastante»?

El negro intentó demostrar por todos los medios que sí, que tenía bastante, pero el enfurecido escandinavo no pareció advertir esta conformidad.

—¡Yen! ¡Yen!

Ringo intentaba atraer la atención del chino, que desde el mostrador seguía sin emoción alguna la lucha. Podía romperse una silla y el de los bigotes la pagaría. No valía la pena de avisar a la Policía. Eran molestos los policías.

—¡Yen! ¡Yen!

El oriental volvió la cabeza. Ringo no pudo, contener un suspiro de satisfacción. ¡Por fin!

—¿Qué ocurre?

Yen hablaba bien el inglés, sin acento ninguno.

—El jefe te llama. Se ha hecho un «chirlo» en la frente. Hay que sacarle de la habitación. Ya sabes que necesito estar solo.

Yen hizo un mohín de disgusto y siguió a Ringo.

—¿Quién era ese cascarrabias de los bigotes?

—Un marino. El segundo del «Ilonian».

—El chino no pudo apreciar la mueca de Ringo. ¡Las cosas de la vida! Precisamente del «Ilonian»...

—¿Lleva mucho tiempo con el capitán Sídney? El chino contestó sin volverse:

—Sí. Pronto aparecerá para llevárselo al barco. Siempre ocurre lo mismo; es muy pendenciero. Zarpan esta noche.

—Ya lo sé.

Ringo se mordió los labios. Temía haber sido indiscreto, pero el oriental no parecía haberse dado cuenta de nada. Ayudaba a levantar a «Pop», que gemía como un niño.

—Gracias, Yen, hijo mío... Yo... creo que... eso. Seguían pasillo adelante. Las incoherencias del borracho parecían molestar a Yen.

—¡Cállese de una vez!

Ringo los contempló unos segundos. ¡Famosa pareja! Después gritó al chino:

—¡Que pase «el Tirantes» en cuanto llegue! ¡No lo olvides, Yen!

El chino asintió con la cabeza mientras levantaba la cortina.

En el bar se había restablecido la calma. Junto al escandinavo, un hombre alto, con barba, de unos cuarenta años, le chillaba.

—¡Ya estamos otra vez, vieja compotera! ¿Cuándo vas a estar un poco civilizado?

Y en le saludó.

—¡Hola, capitán Sídney!

El de las barbas, que llevaba un deslucido uniforme de marino, se volvió hacia él.

—Hola, Yen. ¿Cuánto tengo que pagar por desperfectos? ¿Qué es lo que ha roto esta vez el bruto de Cris?

El chino contempló dubitativamente la silla. Estaba intacta. Aquella vez no había posibilidad de renovar el mobiliario.

—Esta vez, nada, capitán. Ha salido económico el asunto.

Cris contemplaba con ojos de odio al negro apaleado, que en un rincón se rascaba los chichones. El capitán Sídney se volvió hacia él.

—¿Qué te pasa, foca iracunda? ¿Tienes ganas de empezar otra vez?

Cris le miró enfurecido.

—Escucha, mi capitán: me llamó «fiejo» delante de una dama, de mi novia. Y tuve que...

—Que armar camorra, como siempre. Vamos, tiburón de agua dulce. Hay que zarpar casi enseguida. ¿Te has despedido ya de la... dama?

Cris refunfuñó largo rato, pero acabó siguiendo a su capitán. Hacía muchos años que navegaban juntos y se había establecido entre ellos el sólido afecto que une a los que pasaron juntos grandes peligros. Porque juntos hicieron, en la guerra, viajes y más viajes a través del Atlántico, infestado de submarinos enemigos, viajando en convoy, presintiendo que cada minuto podía ser el último. Juntos naufragaron dos veces y permanecieron horas enteras agarrados a un madero, sintiendo cómo el agua helada iba poco a poco insensibilizándoles. Y resistieron hasta que sintieron bajo sus pies la cubierta de otro barco, y cuando Cris volvió en sí, porque se había

desmayado, pidió, lo primero, ver al capitán. Y cuando el capitán Sídney recobró el conocimiento, pues se había desmayado, gritó hasta que le condujeron junto al lecho de Cris.

Los dos hombres pasaron bajo el «Elevated Highway» y se dirigieron hacia el muelle veintinueve, antes de llegar al Holland Tunnel, donde estaba amarrado el «Ilonian».

—¿Está listo todo? —preguntó Sídney.

—Sí; dejé a Holy encargado del carbón. Todo lo demás está estibado.

—Pues métele prisa.

Se divisaba ya el barco. Sus costados, muy sumergidos, demostraban que estaba ya cargado. Junto a una de las escotillas abiertas, hormigueaban, como diablos negros, los cargadores de carbón.

—¿Qué tal va eso, Holy?

Un oficial joven, que desde el muelle dirigía el embarque, le contestó:

—Bien, mi capitán. Ya falta poco para terminar.

Sídney contempló con disgusto la suciedad del muelle. El marino envidiaba de todo corazón a las grandes compañías de navegación, que tenían sus muelles propios; todos los bellos barcos tenían allí su estuche a la medida. Suspiró mirando al deslucido casco del «Ilonian».

—Lo siento, viejo —solía hablar en voz alta a su barco, como si fuera un ser vivo—. Tú te lo merecías también... pero... Somos de abajo, viejo.

Subió con paso vivo la pasarela, dirigiéndose a su camarote. Todavía quedaban algunas formalidades de papeleo, antes de partir.

Junto a la escotilla, un tipejo panzudo, respirando prosperidad de tendero enriquecido, masticaba un puro barato. Era el contratista de carbón.

—Vamos, pequeños; más movimiento.

Se dirigía a los cargadores, y aquellos hombrecillos tiznados le miraban sin odio, perdonándole su prosperidad. Casi todos eran emigrantes y no conocieron jamás, en su país de origen, las comodidades que disfrutaban en la actualidad.

Uno de ellos se detuvo, jadeando y limpiándose el sudor.

—¿Qué es eso «Tirantes»?

El contratista le miraba con lástima. En toda su persona llevaba el cargador escrita la maldición del consumidor de drogas heroicas. Su cara, chupada, se adivinaba pálida bajo el polvillo negro que le cubría. Estaba precozmente arrugado.

—Nada; cansancio.

Y cansancio tremendo denotaba su voz. Hacia un par de días que la droga maldita no circulaba por su sangre, comunicándole aquel ardor ficticio que le hacía trabajar, a veces, como un loco. La enorme depresión que le embargaba se traslucía en toda su actitud: desmadejado, vacilante, parecía que iba a caer de un momento a otro en el suelo.

—Si te sientes mal, retírate.

«El Tirantes» le miró con sorna y cargó con la espuerta del carbón.

¡Retirarse! ¡Qué idiotez! Necesitaba Seguir, seguir hasta cumplir lo que le habían mandado; después, dinero, y con dinero, droga. ¡Un esfuerzo, un esfuerzo más! Eran únicamente horas, pero notaba desfallecer su voluntad en la espera tensa. Penetró dando traspiés en el interior de la bodega. Casi tropezó con uno que salía. Miró a su alrededor. Estaba solo. El ritmo de carga se había roto por algún incidente nimio. ¡Era el momento! Se dirigió hacia uno de los ángulos y extrajo de debajo del blusón, que cubría su desmirriado tronco, una cajita plana. Sus ojos, habituados ya a la oscuridad, veían con precisión. ¡Ahora!

Por un momento, algo parecido al remordimiento cruzó por su rostro degenerado. Con un reniego siguió adelante. ¡Era la droga! ¡La maldita droga que le mataba, lo que conseguía haciendo aquello!

Se detuvo y rápidamente sujetó, con unas pequeñas ventosas neumáticas, la cajita al mamparo; después, rápidamente, acumuló carbón sobre ella. Quedó perfectamente tapada. Algunas sombras se movían en la escasa claridad que entraba por la porta.

—Aquí, descargad aquí.

«El Tirantes» indicaba con el gesto el lugar donde había puesto la pequeña caja. El carbón cayó rápidamente sobre el punto, y una capa de algunos metros aisló el artefacto, impidiendo que nadie lo viese.

En el camarote del capitán, Sídney y el contratista ultimaban los

detalles: El marino terminó de firmar los papeles que el otro le tendía.

—¿Cuánto me has robado esta vez?

El carbonero pareció escandalizarse.

—¿Robar yo?

Sídney le miró con sorna y acabaron riéndose a dúo. Entró Cris seguido del «Tirantes».

—Mi capitán, parece que está ya todo listo.

El contratista se volvió hacia el descargador.

—Diles a los muchachos que pueden marcharse. Por hoy hemos terminado.

«El Tirantes» desapareció mascullando un saludo. Cris le miró con suspicacia.

—¿Coca?

El tripudo carbonero asintió con un gesto. El segundo refunfuñó:

—Mala cosa. Ni por mil dólares quisiera tener un peligro así cerca de mí. ¡Dios «poderoso»! Esos se ponen como locos cuando les falta.

El contratista asintió con gravedad.

—Es hombre perdido. Bueno —añadió cambiando de tono—; supongo que este viaje no tendrá que mantenerse en riguroso secreto. ¿Adónde van?

El capitán le contempló burlonamente.

—¿De veras que no lo sabe todavía?

El otro rio quedamente. En los muelles se enteraba de todo. No se podían guardar secretos.

—Yo diría que a Marsella, conduciendo víveres y maquinarias del plan Marshall. ¿Me equivoco?

Cris terció en la conversación.

—No, hombre, no. Pero ahora no hay por qué guardar secreto. ¡Ya no nos aguardan los submarinos a la salida!

Sídney movió la cabeza dubitativamente.

—Yo creo que no es por falta de ganas. Hay quien... —Se mordió los labios—. Bueno; no a todos les parece bien que ayudemos a levantarse a la vieja Europa.

El contratista asintió dando un suspiro, y deseando evitar conversaciones de tipo político, se despidió.

—Adiós, capitán. Adiós, Cris. Muy feliz travesía.

Descendió ágilmente, a pesar de su abultado abdomen, y se dirigió a pie hacia su casa. En Franklin Street vio a un hombre que se tambaleaba al andar, apoyándose en las paredes. Era «el Tirantes».

—Pobre hombre...

El cargador hizo un esfuerzo y se metió en un tabernucho, el de «Pop».

Yen, el chino, le hizo una seña, y al entrar le indicó con la mirada las cortinas. «El Tirantes» desapareció por allí. Llamó a la puerta antes de entrar.

—Ringo le esperaba en pie, en el centro de la pieza. «El Tirantes», con los ojos desorbitados, se dejó caer en una silla.

—¿Hecho?

La voz bronca de Ringo le hizo saltar. ¡Droga! ¡Allí estaba!

—Sí... sí. Pero dame el dinero. ¡Por Dios, que lo necesito!

Ringo le miró imperturbable.

—¿Tal cómo te dije?

«El Tirantes» se retorció en la silla. En sus ojos aparecían destellos asesinos.

—Sí, sí... Todo como me lo dijiste. ¡El dinero, Ringo! ¡El dinero! Gemía, perdido ya el control de los nervios.

El otro tiró al suelo un paquetito.

—Algo mejor que dinero. Coca. Así no tienes que buscarla.

Con un alarido de bestia, «el Tirantes» se abalanzó sobre la droga funesta.

—¡Por fin! ¡Por fin! —sollozaba quedamente, mientras deshacía con mano trémula el paquete. ¡Por fin! ¡Por fin!

Ringo le contemplaba indiferente. Ya sabía él lo que era aquello. Por eso, jamás cayó en la tentación de probar aquel polvillo blanco.

Unos minutos más tarde, «el Tirantes» se había transformado. Erguido, con el brillo de la vitalidad en los ojos, parecía seguro y dueño de sí.

Hablaba animadamente con Ringo.

—Ya sabes que puedes confiar en mí. Siempre cumplo —calló unos momentos—. A veces... me desprecio —se incorporó en la silla con un tirón nervioso—. Bueno, dejemos esto... ¿Quieres alguna cosa más?

—No. Sí te necesito, ya te buscaré.

Salió el cargador y Ringo se aproximó al teléfono, que estaba adosado a la pared. Marcó un número.

—¿Bob?... Soy Ringo. Ya lo sabes. Sigue con tu avioneta al «Ilonian»... No... no... Nada más que observar y comunicarme lo que pase... No; será rápido. «Bay», viejo.

Colgó. Marcó otro número.

—¿La Compañía? —le respondió una voz conocida, fría, sin inflexión—. Hecho. Más tarde le comunicaré el resultado.

Desde el otro lado de la línea contestaron:

—Bien.

Se cortó la comunicación.

En el puente del «Ilonian», Sídney el capitán, y su segundo, Cris, permanecían en silencio, oteando el mar.

—Todo tranquilo. Me parece que va a ser un viaje feliz —la voz del capitán se dejó oír. Le molestaban los largos intervalos de silencio—. Pronto saldremos de aguas jurisdiccionales.

Cris asintió.

—Sí.

Sídney miró un poco nostálgico a su alrededor. Fumaron durante un rato.

—¿Has pensado alguna vez en retirarte, Cris?

El escandinavo le miró con asombro.

—No. ¿Para qué?

El bigotudo hombrecito no comprendía la vida sin navegar. Es lo que había hecho siempre.

Sídney volvió a hablar:

—Estoy cansado; creo que me voy haciendo viejo. ¿Sabes, Cris? Son muchos años de lucha... Sí, especie de salamandra, me apetece un poco de tranquilidad. ¿Has pensado alguna vez lo agradable que debe ser vivir en algo que no se mueva? Estar junto a un buen fuego, y los días de frío, asar manzanas en la chimenea, mientras alguien... una mujer... te enciende la pipa.

Cris le miró asombrado.

—¿Todavía no sabes encender tú la pipa solo?

Sídney le miró con sorna.

—Puedes jurar que sí, pero... estoy cansado de hacerlo solo. Mira —añadió, confidencial—, mira esto y opina. De su cartera extrajo una foto y la dio al otro.

—«Tiaplo». ¡Bonita chica!

Cris se esforzaba por ver con aquella luz tan tenue.

—Pues es mi novia. Hace muchos años que me espera, allá en mi pueblo. Y ahora —sonrió—, ahora llegaré de verdad. He comprado unas viñas y una casita.

Cris tenía los bigotes erizados de asombro. ¡Sídney, su capitán, cuidando viñas! ¿Sería una broma?

La expresión del otro le demostró lo contrario. Su rostro duro y curtido respiraba ternura.

—¡«Tiaplo»! ¡Quién lo había de decir!

El capitán le miró con sorna.

—Pues así —luego añadió con afecto—: ¿Y tú, vieja compotera? ¿Qué piensas hacer?

Cris vio con claridad lo que suponía la separación. Se avendría con dificultad a navegar con otros capitanes. Tenía mal carácter y además... sí, probablemente sería agradable que alguien le ayudase a encender la pipa.

—Me parece que «cobraré» unas viñas al lado de las tuyas.

Sídney le golpeó los hombros. Se oyó el runruneo de un motor.

—Aún sigue ahí el maldito avión. Parece que viene tras de nosotros. ¡Qué miedo pasaríamos si la guerra no hubiera terminado!

Cris rememoró mentalmente los momentos angustiosos en que el ruido de un motor podía ser el preludio del infierno volcándose sobre el barco.

De repente, el tiempo pareció volver atrás. Una explosión horrible sacudió el barco. Violentemente, los hombres fueron lanzados contra la estructura metálica.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

El capitán se lanzó, tambaleándose, hacia la puerta. Cris pugnaba por levantarse. Una brecha enorme en la frente inundaba de sangre su rostro.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

El barco se inclinaba violentamente hacia el costado de estribor. Por un boquete, que rompía siniestramente su borda y la cubierta, salían lívidas llamaradas. Algunos marineros, presa del pánico, corrían alocados de un lado a otro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?

Nadie lo sabía. El capitán intentaba imponerse, trataba de

calmar a su gente, de organizar, el salvamento. ¡El salvamento!

Miró a su alrededor. El buque se hundía. No daría tiempo a nada. Intentó bajar a la sala de máquinas. La inclinación de la cubierta hacía difícil andar por ella. Tuvo que apartar a un negro gigantesco, que de rodillas, impetraba la salvación.

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir, capitán!

Se agarraba a sus rodillas, sollozando como un niño, impidiéndole avanzar.

—¡Déjame, idiota! ¡Déjame!

Golpeaba con los pies aquel rostro grisáceo del terror; pero el otro, insensible al dolor, seguía gritando:

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir, capitán!

Con un violento empujón se lo quitó de encima.

Se precipitó hacia la sala de máquinas. Tuvo que retroceder; una nube de gas acre y de vapor de agua le impedía la respiración. Ante él surgió un trágico guiñapo ennegrecido, destrozadas sus ropas.

—¡Atrás, capitán! ¡Atrás! ¡No hay nada que hacer!

El jefe de máquinas le empujaba hacia la salida.

—¡Va a estallar! ¡La caldera va a estallar!

Sídney intentaba detenerle.

—Pero ¡y la gente! ¿Qué ha sido de los de abajo?

El oficial le explicaba con voz ronca y entrecortada:

—Muertos... todos muertos. Hay algunos completamente destrozados.

La sangre corría por su cara tiznada y andaba dificultosamente.

—¡Vamos, capitán! ¡Esto se acaba!

Sídney resbaló por la cubierta. Con un golpe sordo, su cabeza tropezó con la borda. Se quedó semiinconsciente. A su lado, dos marineros disputaban con un tercero la posesión de un bote. Cabían los tres, pero el terror, el inmenso terror a la muerte les hacía ver en cada hombre una probabilidad menos de salvación.

Se golpeaban, rodando por la cubierta.

—¡Es mío! ¡Es mío! ¡Llegué antes!

Con chillidos de bestia, intentaba uno de ellos estrangular a otro.

—¡Es mío! ¡Es mío!

Sídney, a través de la niebla que invadía su cerebro, comprendía que debía intervenir. ¡Era el capitán! ¡Era el capitán! La idea de su

enorme responsabilidad le llenaba.

Intentaba incorporarse, El barco se inclinó más y el bote cayó al agua. Embarcó una ola y se hundió. Los hombres que luchaban por su posesión no parecieron darse cuenta.

—¡Es mío! ¡Es mío!

Los dedos engarfiados seguían apretando la garganta del otro. La faz amoratada indicaba la asfixia.

—¡Es mío! ¡Es mío! ¡Llegué antes!

Con un esfuerzo sobrehumano, Sídney consiguió incorporarse.

—¡Basta, ya! ¡Idiotas!

No le oían. Ciegos por el horror de la muerte, no tenían ya nada de humano.

Con paso torpe, el capitán se aproximó al grupo. Había que utilizar la fuerza. Pero no pudo llegar.

Sonó una nueva explosión y el barco pareció abrirse, como si las fuertes planchas que le formaban fuesen de delgada hojalata. Una llamarada lívida, poco precisa, pareció envolverlo todo.

Sídney, lanzado violentamente al espacio, chocó con la frialdad del agua.

El instinto le hizo nadar con fuerza, alejándose del barco que se hundía.

¡El fin! ¡Aquello era el fin!

Las ropas entorpecían sus movimientos. Los pantalones se pegaban a sus piernas como algo viscoso y repugnante. Los zapatos tiraban de él hacia abajo, como si fuesen de plomo.

—¡El fin! ¡Aquello era el fin!

Le faltaba la respiración. Empezó a tragar agua. El sabor desagradable, salobre, le hizo reanimarse. Hizo un esfuerzo y alcanzó un madero que flotaba. Con torpes movimientos se despojó del pesado chaquetón marinero. Después, los pantalones. También consiguió quitarse los zapatos. El agua estaba terriblemente fría.

Miró. A lo lejos se adivinaba la mole del «Ilonian» más oscura que las sombras que le rodeaban. Pareció levantarse su proa. Y al fin, desapareció entre un torbellino de aguas agitadas.

Sídney parecía no comprenderlo. ¡El «Ilonian» se había hundido! Pero ¿era posible? ¡Si tan solo hacía unos minutos que charlaba con Cris acerca de las viñas!

«¡Cris! ¡Cris! ¿Qué sería de él?».

Intentó gritar. Su voz aparecía débil ante la inmensidad del mar.
«¡Cris! ¡Cris!».

A su alrededor parecía haber desaparecido la vida. Lívidos, blancuzcos, flotaban algunos cajones. Oyó el runruno del motor del avión.

Se alejaba. ¡Aquello podía ser la salvación! Desde el aire habrían visto la tragedia. Recordó nuevamente a su segundo.

«¡Cris! ¡Cris!».

El agua chapoteaba lúgubrementemente junto al madero al que permanecía asido. El frío comenzaba a insensibilizarle. Se movió con dificultad, arrastrando el madero. No podía soltarlo. Significaba la vida.

La angustia terrible de su soledad empezaba a invadirle. ¿Resistiría? La imagen de una joven se dibujó con nitidez en su imaginación. Sí, resistiría. Llegarían socorros. Todavía en las noches frías, en su casita...

Algo se movió cerca de él. Oyó claramente el chapoteo de alguien que nadaba.

—¡Ohe! ¡Ohe!

Gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. Pero no parecían oírle. La oscuridad no permitía ver nada.

—¡Ohe! ¡Ohe!

La voz del marino sonaba con claridad en aquel trágico silencio. Se esforzaba por ver a su alrededor. Imposible.

Así, el capitán Sídney no supo nunca que cerca de él, su segundo Cris se debatía bravamente por salvarse.

El bigotudo hombrecito nadaba con toda su potencia muscular, ciego por completo. El golpe le había privado de la vista temporalmente, pero su brava naturaleza le impedía entregarse y nadaba, nadaba como un loco, sin saber hacia dónde, ensordecido por el agua, que penetraba en su boca y sus oídos. La enorme brecha de la frente era un surtidor de sangre que enrojecía sus bigotes.

—¡Cris! ¡Cris!

En vano se esforzaba el capitán. El escandinavo no oía nada. Solamente nadaba, nadaba, trazando círculos, dando bandazos, enloquecido por su ceguera. Pero sin entregarse. De repente, su cuerpo lanzado tropezó con algo. Se oyó un golpe sordo. Su cabeza

había chocado con uno de los fardos que flotaban y Cris, completamente insensible desapareció de la superficie, dejando únicamente unas espumas sanguinolentas a su alrededor.

El capitán ya no gritaba. El frío, el terrible frío del agua, que con nada se podía combatir, acababa con él. Sus dedos engarfiados abandonaron el madero. Flotó unos momentos aún. Pensaba en sus viñas, allá en el pueblo que abandonó hacía muchos años. Hacía mucho frío y alguien avivaba el fuego para que pudiese calentarse mejor. Sí, era una mujer, una mujer que le había esperado siempre. Y junto a él, Cris. ¡Cómo chillaba el viejo compañero al perder sus partidas de ajedrez!

¡Frío! ¡Frío!

Empezó a hundirse. El agua zumbaba en sus oídos. No se debatía siquiera. Nada podía sostenerle. Se hundía, se hundía, en aquel abismo sin consistencia. No podía respirar. ¿Qué más daba?

Alguien le encendería en las noches de invierno su vieja y apestosa cachimba...

El mar apenas tuvo una pequeña ondulación, cuando el marino desapareció para siempre.

En el tabernucho de «Pop», Ringo hablaba por teléfono.

—... Bien, Bob. Mañana te daré el dinero. Con esto podrás comprar un avión nuevo... No, no, tú no tienes que decir nada a nadie; tu misión era ver... «Bay», viejo.

Colgó y marcó otro número.

—¿La Compañía? —La voz conocida, fría y sin inflexiones, le contestó al otro lado de la línea.

—Todo concluido. ¿Contento?...

—A ver si se nota a la hora de pagar.

Salió cerrando la habitación. En el mostrador, Yen miraba impasible al borracho de «Pop». Dejó caer unos billetes. «Pop» le miró con curiosidad.

—Hola... Ringo... yo tenía que verte... eso es... tenía que verte...

Ringo le miró con desprecio. Salió camino de Broadway. Había una rubita que le esperaba. La chiquilla valía, vaya si valía. Tomó un «taxi».

En el mar, fuera ya de las aguas jurisdiccionales, se balanceaban monótonamente algunos cajones vacíos. Eran del «Ilonian».



¿EL MEJOR ALMANAQUE DEL AÑO?
Sin duda alguna, el
EXTRAORDINARIO
DE
AVENTURAS DEL F. B. I.

II



MPEZABAN a vocear los vendedores de periódicos de Nueva York el escándalo que se había originado en el Senado por las declaraciones del senador O'Hara, cuando este se dirigía a su casa. Contaría unos sesenta años y era fuerte y de complexión sanguínea; constituía el típico ejemplo del «selfman». Oriundo de Irlanda, empezó trabajando en una compañía de «taxis» y estudiando leyes por las noches, robándole horas al sueño, incansable y tenaz. Después, una rápida carrera de triunfos, que le llevó hasta el Senado.

No era un hombre infatuado. Seguía con sus costumbres sencillas y conservaba, a su edad, todo el amor a la lucha que poseyó durante su juventud.

Su energía, su culto a la verdad, le daban un aire casi mítico, destacando entre los vividores de la política.

Sé detuvo el coche cerca del puente de Brooklyn. Un pilluelo desaharrapado, voceaba:

—«¡Daily News!», con el sensacional discurso de O'Hara. ¡El senador promete desenmascarar a los que protegen los sabotajes! ¡«Daily News»!

El senador le escuchaba en silencio. Sí, desenmascararía a todos aquellos que por lucrarse, traicionaban a su patria. El viejo luchador amaba con frenesí aquella tierra generosa, que se empeñaba, pueril y tozudamente, en levantar un mundo nuevo y fuerte sobre las ruinas que la guerra dejó.

¡Nombres! ¡Nombres! Pedía la opinión y él, O'Hara, los tenía. Meses de intensa labor privada, sin ningún apoyo oficial, luchando contra la incomprensión y la tozudez de muchos miembros de su propio partido, habían dado por fin su fruto.

Arrancó el coche, atravesando el puente de Brooklyn, y enfiló Fulton Street. O'Hara cerró los ojos, abstrayéndose por completo. No veía la inmensa y animadísima calle, de más de diez kilómetros de larga, que atraviesa el barrio de Este a Oeste, ni parecía percibir el estruendo del ferrocarril aéreo, que escandalizaba cada dos minutos.

Mentalmente, O'Hara preparaba la lucha que se avecinaba. Aquella gentuza no se entregaría; habría que derrochar habilidad para llevarlos hasta los Tribunales. Se los imaginaba en sus residencias lujosas, amuebladas con el estrepitoso lujo propio de arribistas, sudando grasa y terror, con los semblantes angustiados, mientras inventaban nuevos trucos para disimular sus depósitos bancarios. ¡No habría piedad para ellos!

Se dirigía el coche por la Flatbush Avenue, y al llegar al Prospect Park, el chófer aminoró la marcha con una sonrisa. Hacía ya muchos años que estaba a las órdenes de O'Hara y sabía que el anciano sentía debilidad por aquel parque; gustaba siempre de atravesarlo con lentitud y muchas veces lo hacía a pie, siguiendo al coche que avanzaba a su lado.

El Prospect Park es el menos artístico, pero el más rico en bellezas naturales de todos los parques neoyorquinos; tranquilo y silencioso, es propio para enamorados, y solamente los domingos recibe a una multitud bulliciosa, que al ir o venir de Coney Island, se queda prendida en el encanto de los amables y verdes refugios.

El anciano no parecía darse cuenta de nada. Su paseo favorito no le hacía aquel día desfruncir el ceño. Pensaba, pensaba con tenacidad, en la dura labor que le aguardaba y se preparaba para ella con entusiasmos juveniles.

En vano esperaba el chófer el comentario irónico o la frase amable. El senador tenía trabajo.

Un coche azul, un «Chrysler» potentísimo, se puso a su altura. No le dieron importancia. De repente, la quietud del parque se vio interrumpida por el tableteo de las ametralladoras.

Desde las ventanillas del «Chrysler», dos hombres disparaban contra el coche del senador. El chófer, caído de bruces sobre el volante, tenía la cabeza casi destrozada. El coche acabó por pararse. También lo hizo el «Chrysler». Quería comprobar el resultado de los disparos.

El anciano O'Hara aún estaba vivo. Las balas habían penetrado en su cuerpo, pero al ver de cerca a los asesinos, cubiertos con pañuelos oscuros los rostros, tuvo aún energía para incorporarse desafiador. Un chorro de plomo le abatió sobre el asiento.

El viejo luchador había muerto.

Partió a toda velocidad el «Chrysler» azul. Se aproximaron algunos de los raros transeúntes. Tan rápido había sido todo, que no daban crédito a sus ojos. Un agente del tráfico llegaba en su motocicleta. Preguntaba en vano. Todas aquellas vaguedades para nada servirían a la Policía.

El agente comprobó que el chófer había muerto. Luego se quedó mirando el cadáver del senador. Caído en una postura trágica, con sus ojillos azules muy abiertos, O'Hara parecía dispuesto a seguir luchando por su patria, aun después de muerto. El policía cubrió su rostro con su mismo pañuelo.

En la taberna de «Pop», en Franklin Street, entraron dos tipos de aspecto patibulario. No llegaron a despegar los labios. Con un gesto, Yen les indicó las cortinas del fondo. Llamaron a la puerta, antes de entrar en el despacho.

En el centro de la habitación, con las piernas abiertas y un periódico en las manos, estaba Ringo.

—Buen trabajo. Tomad.

Un fajo de billetes cambió de mano. Los recién llegados miraron con alguna curiosidad los titulares del periódico. «... No hay rastro

ninguno de los asesinos, "...el coche había sido robado horas antes en..." "...el valiente senador, que siempre había rehusado la protección oficial de la Policía..."».

Uno de ellos sonrió con una mueca cínica y repulsiva.

—Todo muy fácil. ¿Satisfecho, Ringo?

El otro contestó lacónicamente:

—Sí.

Salieron los dos asesinos. En el mostrador, «Pop» alimentaba generosamente su habitual embriaguez. Al salir echaron un billete de los grandes sobre el mostrador.

—Para beber, «Pop».

«Pop» se lo dio a Yen, mientras comentaba:

—Yo tenía que... sí, eso es... yo... claro que... Dame de beber.

Yen le miró con repugnancia. ¡Maldito borracho! ¿Cuándo reventaría?

En el despacho, Ringo marcaba un número.

—¿La Compañía?... —le contestó la voz conocida—. Sin comentarios. ¿Bien?

Tardaron unos segundos en contestarle:

—Bien.

Después, colgaron.

Entre la calle Treinta y Nueve y el Broadway había un edificio sencillo, nada bello, con un aspecto vulgar, ahogado entre espesas masas de rascacielos. En el centro del vestíbulo se encontraba el busto del tenor Caruso, coronado de laurel. Este edificio era nada menos que el Metropolitan Opera House, templo de los melómanos neoyorquinos.

Y en una de sus localidades más baratas, allá en las alturas, se aburría soberanamente, desde hacía dos horas, Nick Bardoni. Alto, musculoso, con el pelo rubio y un aire desgarradísimo, procuraba adaptar su cuerpo a la butaca para dar descanso a su atormentado espíritu.

Era aquel un concierto patrocinado por la «Musical At Society», dedicado exclusivamente a la música de «capella», y hacía rato que los virtuosos se deleitaban con las maravillosas sintonías de Bach y Palestrina.

Bardoni carecía, totalmente, de oído musical; para él aquello era un ruido, no muy molesto, que le obligaba a permanecer sentado

durante mucho tiempo. Nada más.

Se dedicaba a mirar hacia abajo, a la herradura de oro; el famoso piso de palcos, propiedad particular de millonarios y archimillonarios, y a una guapísima muchacha morena, que en la fila de delante, se emocionaba escuchando a la orquesta.

Desde luego; Bardoni miraba mucho más a la morena, porque la fila de palcos con sus riquezas, impresionaban menos al joven. La muchacha alta, esbelta, de una maravillosa belleza, parecía no reparar en aquellas miradas de adoración. Y lo peor era que aquello duraba ya ocho días. Ocho preciosos días de vacaciones, desperdiciados en seguir a aquella inmovible beldad a través de Nueva York, y fracasando lamentablemente en todos sus intentos de aproximación. Últimamente ya se limitaba a seguirla a unos cuantos pasos de distancia por las calles, en el «Subway», en el autobús, temiendo siempre el encuentro de un conocido que adivinase en aquellas miradas de carnero el amor, el amor imposible, que se le escapaba por todos los poros.

¡Tanto como había soñado él en aquellas vacaciones! Porque Bardoni era agente del F. B. I. y últimamente actuó en un par de casos que le llenaron el cuerpo de cardenales y el espíritu de mortal cansancio. Necesitaba descansar y marcharse al campo, al campo, sí, señor, pero encontró a aquella infernal morena y... Porque llevaba días y días esperándola a las cinco en Delancey Street, frente a un palacete, residencia del senador Emerley, pues la muchacha era su secretaria y se llamaba Ana María Díaz; sus padres eran portorriqueños; medía uno setenta y pesaba sesenta kilos; le miró con el mismo aire de fría altivez la primera vez que intentó abordarla que la última; número veintiséis si no le fallaba la memoria. Parecía no haber reparado en él. Bardoni, que obtuvo astutamente todos estos informes, se desesperaba y gruñía cada vez más a su patrona:

—¡Vacaciones! ¡Qué asco de vida!

Un tableteo de aplausos le sobresaltó, trayéndole a la realidad. El concierto había terminado. La muchacha se dirigía, con paso rápido, hacia la salida y Bardoni empezó a atropellar a la gente y a recolectar maldiciones. No quería perderla de vista.

Quiso emparejarse con ella, pero una obesa matrona impidió con su masa que consiguiera su propósito. Sin embargo, tuvo la dicha de

prensarse en el mismo ascensor, y casi juntos llegaron al vestíbulo.

Diluviaba. La lluvia típica de Nueva York, feroz, violenta, lo llenaba todo. La muchacha hizo un mohín de disgusto y se dispuso a esperar. Llamó a un par de «taxis», pero iban llenos y no le hicieron caso.

Bardoni se sintió feliz. Ahora vería la chica cómo se cogían «taxis» y cómo se traían luego para que ella montase. Y cómo ella le invitaría a subir, porque no iba a dejarle, después del rasgo, tirado en aquel diluvio.

Con paso elástico se lanzó a la calzada, pero algo funcionó mal. Resbaló. Y con elegante movimiento, fue a caer en un charco, donde se rebozó durante unos segundos en el fango ciudadano. Después logró incorporarse a medias y contempló a Ana María con una cara muy churretosa y una perfecta expresión de cretino. La muchacha le dirigió la palabra:

—¿Se encuentra ya, decididamente, a gusto?

La risa se le escapaba por todos los hoyuelos de su carita morena, Bardoni empezó a explicar, sentado aún en el charco, que no era precisamente el lugar ideal aquel en que se encontraba.

La muchacha le interrumpió.

—Pero ¡levántese, hombre de Dios! ¿Piensa pasar lo mejor de su vida tomando baños de asiento?

Bardoni, algo aturdido, se incorporó. ¡Le estaba hablando! ¡A él!

Empezó a sonreír con aire satisfecho, y casi se cayó de espaldas cuando ella le sacó el pañuelo y le limpió la cara. Se sentía muy feliz, aunque algo húmedo. Ana María volvió a hablar:

—Y ahora, jovencito, diga de una vez lo que quiere. ¿Por qué se dedica a seguirme sin un momento de reposo? ¿Es agente de seguros?

—No, puedo jurarle que no. Yo...

Bardoni, de ordinario locuaz, se sentía algo cohibido.

—En una palabra, ¿qué es lo que le ocurre?

La muchacha dio una patadita nerviosa en el suelo.

—Pues... pues... que me he enamorado de usted.

Bardoni soltó la frasecita mirando al suelo y algo abochornado, pero en voz suficientemente alta para que lo oyesen una partida de guasones que acogieron con un inusitado alborozo la estupenda nueva.

Nick los miró iracundo, y avanzó con los puños cerrados. No era hombre que sufriese con paciencia las estupideces del prójimo. Ella, previniendo la pelea, se colgó del brazo del muchachote y le dijo:

—No sea loco y vámonos.

La impresión anuló los sentidos de Bardoni durante unos segundos y cuando se recobró, se encontró ya lejos del Metropolitan, charlando animadamente con Ana María. La acompañó a su casa, y ella le dio su número de teléfono. Así quedaron citados para el día siguiente.

Bardoni subió cantando a la pensión. Bailó con la patrona, una vieja y voluminosa italiana, que le quería como a un hijo. Y cuando el sofoco permitió hablar a la mujer, le comunicó que le habían llamado por teléfono.

—¿Quién?

—El inspector Anderson. Me dijo... aquí lo tengo apuntado —la anciana cogió un papel de encima de la mesa— que fuese usted a verle nada más llegase... enseguida. A su despacho.

—¿Cuándo llamó?

—Serían las siete y media, poco más o menos.

Bardoni miró su reloj. Las once. Con un reniego se fue hacia la escalera.

El inspector, después de tres horas de espera, no estaría de muy buen humor. Cerró con un tremendo portazo. También él se encontraba fastidiado. Aquella llamada suponía, seguramente, el final de las vacaciones. Y ahora que Ana María... Escupió con fuerza y siguió calle adelante.

HA SALIDO el

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡32 páginas monumentales
solamente por 4 pesetas!

III



L inspector Anderson era ya cincuentón; empezaba a echar un poco de vientre y el pelo le clareaba mucho. Sin embargo, conservaba la energía suficiente para ser uno de los más activos que integraban el cuadro del F. B. I. Al ver entrar a Bardoni en su despacho, se levantó y le tendió la mano.

—Bienvenido. Llevo tres horas esperándole —ante un gesto del otro, continuó—: Ya sé, ya sé. La culpa no ha sido suya.

Volvió a sentarse e indicó a Nick que hiciera lo mismo. Después empezó a hablar, mientras sacaba papeles de los cajones.

—Se acabaron las vacaciones, Bardoni —el muchacho insinuó una mueca de protesta—. Lo siento, pero es preciso.

Puso en orden los papeles y continuó:

—Empezará a trabajar enseguida.

—¿Mañana, inspector?

—No. Esta misma noche.

Como Bardoni conocía de antiguo al inspector, no le extrañaba nada la premura. En aquel hombre, el intervalo entre el pensamiento y la acción no existía.

—¿Es el asunto del senador?

El inspector le miró un momento.

—Sí y no —ante el gesto de extrañeza del agente, aclaró—: Lo que va a empezar y esto, están íntimamente relacionados, yo creo que la muerte del senador O'Hara es mucho asunto para un bisoño, casi un novato como usted.

El muchacho enrojeció. Sin quererlo, el inspector había tocado su debilidad. ¿Cuándo iba a dejar de ser un novato? En cuantos asuntos intervino, pocos en verdad, demostró sangre fría, inteligencia y audacia. ¿No eran esos síntomas de veteranía? Ya iba siendo hora que...

—Atienda, Bardoni —la voz del inspector cortó en seco sus pensamientos—. ¿Ha oído hablar del hundimiento del «Ilonian»? — Ante el gesto afirmativo del muchacho, continuó—: Parece que hay discrepancia en las opiniones. Dentro del departamento, creen unos que ha sido casual; otros, entre los que me cuento, creen que ha sido uno de tantos sabotajes. Se ha localizado el casco del barco. Los buzos creen que se encuentra en condiciones óptimas para trabajar en él. Podrán inspeccionarlo, sacar fotografías...; en fin, el informe pericial será quien de la razón, a unos o a otros.

—¿Hay supervivientes?

—No, Bardoni; no ha quedado nadie. Esto es lo que me hace creer que no se trata de una avería. Por grave que hubiese sido esta, siempre hubiese dado tiempo a organizar el salvamento, a pedir auxilio; algo, en fin. Nada de eso ha ocurrido.

Bardoni escuchaba con atención.

—Vamos a lo suyo —el inspector le tendió unos papeles—. Información sobre el asunto.

—¿Mi misión?

El inspector fue concreto:

—Localizarme al individuo que puso el explosivo en el buque, porque estoy seguro, segurísimo, que así ocurrió.

—¿Instrucciones especiales?

—No actúa la Policía. Actúa usted solo. Este asunto es vastísimo,

con muchas ramificaciones, y no conviene, por obtener un pequeño éxito parcial, alarmar a todos los peces gordos que andan detrás de esto, y que podrían volar. Que no sospechen que el F. B. I. está ya sobre la pista.

Bardoni salió poco después y fue hasta su despacho. Una sensación de descontento le invadía. ¿La pérdida de las vacaciones? No. El muchacho estaba deprimido por algo muy distinto. Ingresó lleno de entusiasmo en el F. B. I., le atraía el aire heroico de sus agentes, el enorme respeto que alcanzaban, y sentía ansias inmensas de ser héroe. ¡Ah, y cómo le atraía el papel! Veía mentalmente los titulares de los periódicos, proclamando a los cuatro vientos su nombre:

«¡Nick Bardoni, el héroe número uno! ¡El gran agente del F. B. I.!».

Y luego, la serie inacabable de sus hazañas. La realidad era muy distinta. El F. B. I. trabajaba en equipo; nunca era misión de un solo hombre el resolver un asunto; a cada uno se le encomendaba una parte, que se exigía fuese cumplida a la perfección. Después, ya se encargaban de ensamblarlo.

Su creador, Hoover, había hecho de aquel departamento algo único, pero... Nick Bardoni lamentaba de todo corazón no poder ser un héroe público.

Durante largo rato estudió los papeles que le había entregado el inspector Anderson; entre ellos había una lista de lugares sospechosos, que encabezaba el establecimiento de «Pop». El viejo borrachín era, a los ojos del F. B. I., individuo muy capaz de encubrir toda suerte de sucios manejos. Bardoni decidió comenzar allí su tarea.

La taberna de «Pop» había cobrado mucha animación desde la llegada de aquel muchacho italiano. Dinámico, bromista, con un fino estudio del humor, había sabido captarse la simpatía de todos los cargadores del muelle, sus compañeros.

—¡Nick, un trago con nosotros! ¡Para «ricordare» una «canzone»! ¡Vamos, «amico»!

Y Nick Bardoni, Nick, como todos le llamaban, sin preocuparse de su apellido, unía su voz al nostálgico coro en el más puro italiano. Lo aprendió de labios de su madre y lo hablaba sin acento alguno.

—¡Nick, «mon ami»! ¡Bebe con nosotros! ¡«Pour la France»!

Y Nick se unía, al grupo de franceses y contaba alegres chistes, con algunas frases picantes, dichas en un defectuoso francés.

«Pop», el viejo borracho, reía y reía. Estaba encantado. Aquel muchacho no rehuía su compañía y soportaba sus incoherencias alcohólicas y hasta, alguna vez, le pagaba un trago. No, no era tacaño el chico.

Hasta, Yen, el impasible chino, gustaba de oírle y sonreía a veces.

Algunas noches improvisaban un pequeño gimnasio y había exhibiciones de lucha. Se apostaba dinero y Nick era uno de los favoritos. Fuerte y muy entrenado, sabía trucos y llaves infalibles.

Aquella tarde, un gigantesco alemán y Bardoni iban a realizar una pelea de lucha libre. El adversario le llevaba lo menos veinte kilos y era una verdadera mole. Tenía un cuello de toro y una musculatura impresionante. Todo el sector italiano apostó en masa por el «bambino», como le llamaban amistosamente.

Los yanquis aceptaron las apuestas. Aquel teutón parecía muy duro y tenía las fuerzas de un toro. Lo había demostrado muchas veces en los muelles.

«El Tirantes» se mostraba eufórico. Tenía dinero y, por tanto, droga.

—¡Cuatro a uno! ¡Apuesto cuatro a uno por el alemán!

Su flaco y arrugado rostro se dirigía a los italianos.

—¿Hay miedo, muchachos? ¿No hay quién apueste?

Se reía de ellos, que se mostraban indecisos. Habían apostado casi todo su dinero ya.

—¡Cuatro a uno! ¡Cuatro a uno!

Seguía «el Tirantes» chillando, con aire provocador.

Por fin, uno del grupo, gordo y bigotudo, se adelantó.

—¡Trae acá y no chilles tanto! ¡Yo acepto!

Todos le alentaron, complacidos. Era un respetable padre de familia; se llamaba Aldo, y jamás en la vida desperdiciaba ni arriesgaba un solo centavo.

—Son diez hijos, «*signore*» —explicaba siempre—; diez hijos y la mujer.

Su digna esposa tenía un genio tremendo, y todos comprendían su prudencia, ¡cualquiera desafiaba a la voluminosa Germana! ¡Era

capaz de perseguir a su marido, dándole golpes, por todo Nueva York!

—Cien dólares, Aldo. ¿Los cubres todos?

El italiano se asustó. ¡Era mucho dinero! Sudaba entre el deseo de aventurarlo y el temor a su Germana. ¡Si llegara a enterarse!

Por fin se decidió:

—Sea, pues. ¡En casa de mí «amico» Salvatore, ese que tiene el Banco! tengo doscientos dólares. Todos ahorrados. Yo firmaré un cheque, y ya está.

Depositaron las apuestas en el mostrador, en manos de Yen, al que la costumbre había convertido en el corredor de todos.

Aldo se aproximó a Bardoni.

—¡Ah, «bambino»! Yo lo espero todo de la «tua forza». ¡Piensa en el pobre Aldo cuando pelees!

Le palpaba los duros bíceps, para convencerse que su ídolo se encontraba fuerte, en plena forma.

—¿Has «discansato bene» anoche?

Todos reían de sus temores y le gastaban bromas. Daban ya por perdido su dinero y le hacían ver la enorme fortaleza del alemán. Pero Aldo no cedía. Confiaba en su idolatrado «bambino».

En un rincón del improvisado «*ring*» estaba el alemán, desnudo de medio cuerpo para arriba. Aflojaba orgullosamente sus enormes músculos, mientras sus admiradores le contemplaban con arrobos.

En el ángulo opuesto, Bardoni, también desnudo el torso, hacía flexiones.

Aldo se había nombrado a sí mismo su segundo y le daba consejos sin parar:

—No te fatigues demasiado ahora. ¿Te encuentras bien? ¿De verdad te encuentras bien?

Nick reía y acabó dándole unos amistosos cachetes.

Por fin, se plantó «Pop» en medio. Se había nombrado jefe de ceremonias y empezó a chillar:

—¡Ahora va a empezar el gran combate! Entre... pues... yo creo que —se le había olvidado el nombre del alemán—. Bueno: entre ese y... aquí... pues... eso es... —señaló a Bardoni—, aquí... pues... —Se le había olvidado el nombre de Bardoni—. Bueno; pues... entre ese y ese.

Y señaló a ambos contendientes.

Entre una tempestad de denuestos y silbidos, se retiró de allí.

Yen dio la señal, golpeando con un cuchillo una copa, y empezó el combate.

Era a un solo asalto. Hasta la eliminación de uno de los luchadores y solo se admitía como triunfo el fuera de combate.

Avanzó el alemán, pesado, impetuoso, al encuentro de Bardoni. Le trabó por los brazos y le volteó con furia. Intentaba estrellarle la columna vertebral contra el suelo para dejarle inmóvil.

El agente caía con soltura, completamente doblado, y se estiraba al ponerse en contacto con el suelo, elástico y ágil.

Aldo seguía el combate con ojos desorbitados, musitando plegarias a la «Madona». ¡Que triunfase, Dios mío, que triunfase!

Resoplaba ya el alemán, que no sabía cómo dejar de voltear al otro, cuando Bardoni, con un hábil retorcimiento de su cuerpo en el aire, le enganchó con las piernas en el cuello. Distendió violentamente su cuerpo hacia atrás, soltándose del germano, y dejándose caer sobre la palma de las manos, girando rápidamente su cuerpo, inclinó a la mole teutónica y le hizo caer de cabeza.

El sonido fue impresionante.

—«Bene, bene, bambino»!

Aldo saltaba y palmoteaba como un chiquillo.

Una vez y otra, la pesada cabeza del alemán golpeó el suelo. Un cráneo menos sólido se hubiese roto, pero aquel hombretón únicamente se sentía algo aturdido.

Logró agarrar una de las piernas de Bardoni y, doblándosela por la rodilla, la torció con rabia. Nick tuvo que soltarle.

El alemán se incorporó y, levantándole, le dejó caer con violencia, golpeándole la cabeza. El agente, medio inconsciente, no pudo evitar que el otro saltase sobre él. Sus costillas crujieron, pero aguantó.

—«Il povero bambino»!

Aldo gemía, como si le estuviesen pateando a él mismo.

Nick recibió una dolorosa patada en el hígado y se encogió, mientras rodaba suavemente. Se encontraba destrozado; tenía sabor de sangre en la boca, pero educado en la dureza de la Academia de Quántico, sabía resistir.

El alemán falló la patada y, tropezando con el otro, cayó de bruces. Con un esfuerzo inaudito, pidiéndole a cada fibra de su

cuerpo impulso, Bardoni saltó sobre él. No le golpeó aparatosamente. Con las manos abiertas golpeó, con el borde, la base del cuello del otro. Una y otra vez.

—«Forte, forte, bambino»!

Aldo parecía molesto por aquella aparente suavidad. Pero el alemán sintió paralizarse sus brazos. Un dolor agudísimo, que le impedía todo movimiento, invadió su cuerpo. No podía defenderse. Preveía el final.

—«Forte, forte, bambino»!

Bardoni levantó con violencia la rodilla y golpeó la cara del otro.

Con un gemido, el alemán se desplomó inconsciente.

Yen dio por terminado el combate. Bardoni había vencido.

El entusiasmo fue delirante. Aldo abrazaba al agente con frenesí.

—«Bambino! Bambino»!

No podía decir otra cosa. Había ya olvidado el dinero; únicamente el triunfo de Nick, su triunfo, contaba para él.

Le llevaron hasta el mostrador. «Pop» libaba generosamente por la victoria del muchacho. El alemán empezaba a reanimarse y se acercó al grupo, dando deportivamente la mano al vencedor.

Más entusiasmo. Los que habían ganado invitaron generosamente a las que perdieron y pronto reinó un ambiente de orgía en el tabernucho.

Solamente en un rincón había un hombre con gesto de amargura. «El Tirantes» había perdido todo su dinero. No podría comprar droga.

IV



OS días siguientes fueron un verdadero suplicio para «el Tirantes». El ansia de la droga maldita hacía intolerable su vida. Había momentos en que la locura hacia su aparición. Con los ojos desorbitados, babeante, frenético, andaba y andaba, sin rumbo fijo, con una idea obsesiva en su mente.

¡Cocaína! ¡Cocaína!

En aquellos momentos hubiese asesinado a su propio padre para obtener un poco de polvillo de aquel veneno maldito que había tronchado su vida.

¡Cocaína! ¡Cocaína!

Convertido en una bestia, degradado totalmente, sin vestigio alguno de moral, pugnaba por encontrar solución a su problema. Cualquiera le parecía buena; con las manos crispadas, mascullaba

frases incoherentes, dominando a duras penas los impulsos asesinos, dispuesto a abalanzarse sobre cualquier transeúnte para arrebatarse la cartera y correr, correr hacia su vicio. Un impulso de elemental prudencia, le hacía contenerse; los fornidos «cops», los hombres de la Policía que patrullaban por las calles le imponían respeto.

A estos estados de exaltación sucedían rapidísimas depresiones espantosas; la vida le pesaba como si fuese un fardo inútil. Apetecía acabar de una vez aquel espantoso martirio; sin la maldita droga era un pelele, un guiñapo inservible, que se arrastraba.

Cada vez estaba más próximo al suicidio. Se sentía empujado irresistiblemente hacia la muerte, como un abismo que le atraía y le horrorizaba a la vez.

Bardoni le contemplaba con interés. Desde el primer momento había comprendido que el sueldo de cargador no le daba lo suficiente para sufragar los gastos que le imponía su funesto hábito. Aquella escoria humana era capaz de todo por procurarse la cocaína, y entre ese todo, podía estar lo que él buscaba.

Empezó a abordarle, charlando con él, dejándole entrever alguna ganancia, y «el Tirantes», cada vez más loco, perdía la prudencia ante él.

Una mañana hizo alarde ostentoso con un fajo de billetes, ante los ojos ávidos del otro.

¡Dinero! ¡Droga!

La idea martilleaba frenética en el cerebro de aquel desgraciado.

Bardoni fanfarroneaba:

—... hay muchos más para mí y para mis amigos. Y fáciles de ganar...

¡Dinero! ¡Droga!

Los ojos alucinados del «Tirantes» miraban aquel montoncito de papeles. ¡Y estaban a su alcance! Porque él era amigo de Nick.

¿Qué es lo que había que hacer? A él ya le conocía; no retrocedía ante nada, era valiente y hábil...

Zalameramente adulaba al muchacho, intentando convencerle de que allí tenía al hombre que buscaba para lo que fuese. ¿Lo entendía bien? ¡Para lo que fuese!

Bardoni le animó. La cosa era sencilla.

—... un amigo mío necesita información. Hay ciertas cosas que ocurren en los muelles...

«El Tirantes» apenas le oía. ¿Informes? Y ¿por qué no? El diría cuantas cosas quisiera. Las amenazas de Ringo, el secreto jurado al pistolero, todo se había esfumado ante él.

¡Dinero! ¡Droga!

Se abalanzaba casi sobre los billetes. ¡Un anticipo! ¿No podría darle un pequeño anticipo? ¡Lo necesitaba tanto!

Antes que el otro pudiera impedirlo, se apoderó de un billete de cincuenta dólares y se levantó. Suplicaba:

—Esta tarde, ¿eh? Sí; aquí mismo, a ti o a tu amigo, os diré cuánto queráis; pero ahora...

Tropezando con las mesas, medio ciego, se dirigió hacia la puerta.

¡Dinero! ¡Droga!

Bardoni le vio desaparecer con una mueca de aprensión. Hubiese preferido hacerle hablar entonces, pero comprendió que el ansia de cocaína era tan fuerte en aquel hombre, que hubiese sido imposible retenerle.

Medio oculto en la penumbra de la taberna, Ringo había pasado desapercibido para la pareja. También él sospechaba. Salió rápidamente, después de hablar unos minutos por teléfono.

Al entrar por la calle de Mott parece que no se estuviese en América. Rápidamente, por la vista y el olfato, uno creíase trasladado a China.

Carteles de tela que ondeaban al viento, con garabatos indescifrables para el occidental; suciedad, tenduchos en los que se trabajaba el marfil, túnicas, callejones oscuros, formados de tenebrosas casitas que esparcían agrio olor de opio quemado; comidas absurdas. Asia, en suma.

Ajeno a todo, «el Tirantes» caminaba rápidamente. Al llegar a Chatham Square, torció hacia una callejuela inverosímilmente sucia. Se detuvo ante una lamentable casa de un solo piso y llamó con espaciados golpes, que formaban una contraseña.

Desde una mirilla, hábilmente oculta, le miraron sin que lo advirtiese y le franquearon la entrada.

El vestíbulo estaba débilmente iluminado. Era circular y se abrían sobre él una serie de puertas.

Era uno de los más infames tugurios, en donde se propagaba el vicio entre la juventud americana.

Adolescentes de ambos sexos, chiquillas apenas iniciadas en la pubertad, muchachitos incipientes, fumaban allí marihuana o se inyectaban morfina.

El pueblo americano se horrorizaba ante las cifras de este narcotismo infantil, producto de la postguerra, fenómeno poco explicable, pues precisamente quienes no la vivieron en el frente eran sus víctimas preferidas.

Cinco mil niños y niñas de las escuelas primarias y secundarias habían caído, y esta juventud, horriblemente tronchada, nutría de delincuentes precoces las cárceles y de tísicos los sanatorios.

Historias sórdidas, de crímenes y delitos de todas clases, eran explotadas por la Prensa de escándalo y hacían retorcerse de impotencia a muchos educadores, que no sabían atacar la plaga.

En pleno vestíbulo, apenas visible su cara, un hombre, un mestizo, atendía con discreción a los clientes.

No hablaron. «El Tirantes» dejó caer el billete, y aquel bandido le dio un sobrecito blanco. El cargador lo cogió con avidez.

—Quiero quedarme aquí.

Su voz sonaba rota, casi histérica. No podía aguardar más. El empleado le indicó con un gesto una de las puertas.

Aquella bestia endurecida era uno de tantos que facilitaba la droga a aquellos desgraciados. El F. B. I. calcula que excede de doscientos cincuenta millones de dólares la cantidad de drogas que se introducen de contrabando. Son innumerables los que prueban fortuna en él: las organizaciones internacionales que lo propagan, y contra todos tiene que luchar, y lo hace con valentía y eficacia, el Federal Bureau of Investigation.

De uno de los cuartos salían dos hombres conduciendo a otro, un muchachito pálido, con una palidez cadavérica. Tenían los labios y la pechera manchados de sangre, con salpicaduras negruzcas, siniestras.

El mestizo les interpelló con voz dura:

—¿Qué ha pasado?

Uno de los hombres contestó, torciendo la boca:

—Otro vómito. Este está liquidado.

El enfermo respiraba con dificultad y tenía los párpados entornados. Una disnea atroz hacía silbar al escaso aire que penetraba en sus pulmones. Un sudor frío y viscoso enmarcaba su

rostro, de facciones finas e inteligentes.

—No debíais haberle dejado entrar. Está ya muy pasado.

El mestizo les miraba con disgusto. Los otros se disculparon. Nada sabían, y como pagaba bien...

Un espasmo violento agitó al muchacho. Una tos sorda y bronca, que le hizo retorcerse, y una nueva bocanada de sangre, que salpicó a los que le llevaban, manchó el suelo.

Con un reniego le dejaron caer. Les repugnaba.

—¡Fuera de aquí! ¡Llévadlo lejos! ¡Si se nos muere en la casa, nos buscaremos un lío gordo!

Apresuradamente le arrastraron hacia la puerta. Ahora buscarían un coche y le abandonarían en las afueras. Allí quizá muriese solo, con la larga y horrible agonía de los tísicos.

—¡Maldito puerco!

Fue toda la oración fúnebre que dedicaron a aquella juventud tronchada; al pobre adolescente engañado, que cayó, siendo un chiquillo, en sus garras.

Le habían explotado, le habían sacado los dólares que sus padres le daban para ir al «cine»; le obligarían luego a robar, a mentir, a huir de casa, para satisfacer aquel vicio enloquecedor. Su organismo, débil aún, necesitaría toda su energía para el crecimiento; y el vicio maldito, dándole unas energías ficticias, privándole del apetito, le condujo fatalmente hacia la tuberculosis. Aquellas trágicas manchas escarlatas jalonarían su desesperado fin.

«¡Maldito puerco!».

Eso era todo. El mestizo se limitó a sentarse unos metros más allá, para no ensuciar sus zapatos. Volvió el silencio, interrumpido solamente por carcajadas y gritos histéricos.

El mestizo se amodorró. Tenía sueño. De repente se levantó de un salto.

La puerta gimió violentamente y se abrió. Ante él, tres hombres que empuñaban pistolas. Uno de ellos, el más alto, llevaba una palanqueta de acero en la mano.

—¿Dónde está «el Tirantes»?

La voz, bronca y desagradable de Ringo, se dejó oír en la estancia.

El mestizo, con las manos en alto, intentaba ganar tiempo.

—Yo no sé de quién me hablas.

—Bueno —Ringo hizo una seña a los otros dos—. Nosotros le buscaremos.

—No. Imposible.

El encargado intentaba obstruirles el paso. Sonaron varios disparos. Los silenciadores ponían sordina al ladrido de las automáticas.

—Vamos ya.

Con las manos en el vientre, el mestizo se revolcaba entre gemidos de bestia moribunda. Su sangre se mezclaba con la del pobre enfermo, que él mismo mandó a la muerte minutos antes.

—Acábele.

La voz de Ringo sonó nuevamente, brutal, indiferente.

Uno de sus compañeros se acercó al caído y le puso la Pistola junto a la sien. Oprimió el gatillo. El parietal de aquel hombre se deshizo y cesó de bullir.

—Vamos.

—Abrían las puertas a puntapiés. El humo acre de la marihuana se mezclaba con el olor a pólvora.

—Aquí está.

Por fin habían dado con el perseguido. «El Tirantes» estaba eufórico. Ya no era el hombre deprimido, el pingajo que mendigaba. Su cerebro funcionaba con lucidez anormal y su cuerpo se movía con soltura.

—¿Qué hay, Ringo?

Su tono era desafiante, belicoso. La cocaína circulaba ya por sus venas.

—Para ti, el final.

Ringo le miraba con indiferencia. Hablaba arrastrando las sílabas.

—¿Por qué?

El hombre sentenciado quería saber.

—Me he equivocado contigo. La droga puede más que tú. Nos delatarías.

«El Tirantes» saltó hacia un costado y sacó un puñal.

—¿Quieres «juerga»?

La respuesta fue rápida. Se abalanzó sobre el más próximo. Le pilló desprevenido y pudo apuñalarle. El brazo del pistolero le protegió y la hoja resbaló sobre el hueso. No pudo penetrar por las

costillas hacia el corazón. Rodaron por el suelo. Ringo apremiaba:

—¡Acaba! ¡Acaba de una vez!

Pero el que luchaba con el cargador había perdido la pistola y el otro no se atrevía a disparar. Temía herir a su compañero.

—¡Inútiles!

Ringo se aproximó al grupo y, de un puntapié, arrancó el puñal de las manos, del «Tirantes».

—Esto mete menos ruido.

Se acercó rápidamente hacia el sentenciado. El cargador, abrazado al otro pistolero, no podía defenderse de él. Con movimiento rápido, Ringo clavó el puñal varias veces en la base del cuello del «Tirantes».

—¡Toma, cochino! ¡Toma, traidor!

La sangre tiñó rápidamente las ropas del hombre herido. La presión que sus brazos ejercían sobre el cuerpo del que luchaba con él cedió.

—¡Terminado! ¡Vámonos!

«El Tirantes» se moría; Ringo le miraba con frialdad. Su corazón, endurecido en el crimen, no sentía piedad alguna por él. Contemplaba indiferente su agonía.

—Remátale.

La orden salió breve, concisa, de sus labios. El pistolero, que no se había atrevido a utilizar su arma momentos antes, se acercó al caído. Oprimió el gatillo, sonó la detonación, ahogada por el silenciador, y «el Tirantes» dejó de moverse. Había muerto.

Cuando llegó Bardoni, unas horas después, contempló horrorizado la carnicería. De los bandidos no quedaba rastro.

La Policía pudo recoger tan solo unos cuantos desgraciados, embrutecidos por las drogas, que de nada se habían enterado.

Caminaba Bardoni hacia la humilde casa de huéspedes donde dormía. Había pasado la tarde en el tabernucho de «Pop», comentando el trágico fin del «Tirantes» y sonsacando al borracho.

Los muelles estaban totalmente desiertos.

¡Ringo! ¡Ringo! ¡Era el hombre que buscaba!

Inconscientemente, con sus incoherencias de borracho, «Pop» mismo le había puesto en su pista.

Dos sombras se abalanzaron sobre el agente; brilló un fogonazo.

Un choque brutal en el hombro le hizo caer tras unos fardos. El

dolor paralizaba su brazo derecho. Querían matarle.

Más disparos.

Las balas se incrustaban con golpe sordo en los fardos de algodón.

Se impuso al dolor. Estaba mareado. Pero sabía sufrir.

—Tirad sobre seguro...

Oculto en la sombra, Ringo daba órdenes. También él acechaba la salida del agente.

Bardoni empuñó la pistola con la mano izquierda. En Quántico les enseñaban a tirar con las dos manos.

Se quitó un zapato. Lo arrojó hacia su izquierda. Rebotó sobre unas planchas de cinc.

—¡Allí! ¡Está allí!

Sonaban las pistolas asesinas con secos estampidos. Los silenciadores deformaban el ruido. Parecían taponazos de champaña. Como si alguien descorchase botellas en el festín de la Muerte.

—¡Allí! ¡Está allí!

Rápidamente, Bardoni se escurrió hacia la derecha. El hombro herido, al tropezar con los fardos, le hacía vacilar de dolor. La sangre le salpicaba.

Vio ante él una sombra. Disparó.

—¡Ay! ¡Me ha dado!

Con una pirueta trágica, cayó el pistolero. Se arrastraba incapaz de caminar, buscando la protección de unos maderos. Volvió a disparar Bardoni y se quedó inmóvil.

Se oyó crepitar las automáticas de los asesinos. Sintió su mordedura en una pierna. Apenas podía andar. Se arrastró hacia el borde del malecón.

—Le di.

Ringo hablaba rápidamente con su único auxiliar. El otro yacía muerto.

—... hay que obligarle a retroceder. Allí —y señalaba un ángulo de los fardos—; tiene que salir Si lo hace, lo cazas tú. Si se queda, le quemo yo desde allí. Únicamente si se tira al agua... y no creo que pueda nadar.

Lentamente se cerraba, la tenaza fatídica. Los disparos obligaban al agente a ir abandonando sus eventuales refugios. Su cerebro

funcionaba mal. Perdía mucha sangre. Pero la indomable voluntad, que supieron inculcarle en el F. B. I., le hacía seguir. Hasta el fin. Un agente lucha hasta el fin.

Llegaba ya al lugar marcado por los pistoleros. Allí esperaban cazarle. Tuvo que descubrirse.

—¡Ahora!

El «gángster» fue demasiado impulsivo. No pudo contenerse, y recibió un balazo mortal. Cayó sin decir nada. Como un fardo insensible. Pero en la fracción de segundo que tardó la muerte, también pudo él disparar. Un golpetazo seco arrancó la pistola de la mano de Bardoni, hiriéndole.

Se incorporó a medias.

—¡Caíste!

Con un salto felino, Ringo se abalanzó sobre él. Había guardado la pistola y empuñaba su arma favorita: el puñal.

Bardoni pudo agarrar el brazo asesino. No sabía cómo, pero luchaba. Cada movimiento le arrancaba aullidos de dolor. Obligaba a su pobre cuerpo herido a resistir. Luchar.

Rodaba por el suelo, sintiendo que a cada momento le fallaban más las fuerzas. Notaba el peso de Ringo. Los esfuerzos de un cuerpo sano y vigoroso.

—¿Todavía tienes fuerzas? ¡Toma! ¡Toma...!

Con la mano izquierda, Ringo golpeaba el rostro de Bardoni con secos puñetazos. Le abrió una ceja. Las manos engarfiadas del agente no soltaban el brazo derecho del asesino. En él tenía el puñal.

—¡Toma, cerdo! ¡Toma!

Ringo notaba que el agente se debilitaba. Sus brazos se doblaban. El puñal se aproximaba al corazón. Aumentó sus esfuerzos. Notó que los brazos, los brazos heridos del agente, cedían.

—¡Ahora!

—¡Todavía no, por la «Madona»!

En el silencio del muelle sonó una cachetada. Rodó el asesino por el suelo, perdiendo el puñal. Ante él, el tripudo Aldo.

—¡Ah, «miserabile»!

Ducho en las peleas callejeras, el italiano no le dejó reaccionar. Saltó sobre él y le pateó con saña la cara. Un golpe en los riñones

dejó semiinconsciente al bandido. Entonces le levantó como a un fardo y lo arrojó al agua.

Corrió hacia Nick.

—«Povero bambino!». ¿Estás vivo todavía? —Le sostenía, mientras examinaba las heridas—. ¡Santa «Madona»! ¡Que Dios te proteja!

Horrorizado, contemplaba al muchacho, que aún tenía fuerzas para sonreír débilmente...

—Vamos, Aldo, vamos. Al hospital italiano.

Aldo le conducía en brazos como si fuera un niño. Parecía no pesar nada el cuerpo del agente. No cesaba de hablar.

—... si Dios no hace el milagro. ¡Gracias, Señor! La vieja me echó de casa porque olía a «*whisky*». ¡Ya sabes cómo es, «bambino»! Pero esta noche la inspiró la «¡Santissima Vérgine!»...

Los agentes de la Policía encontraron solo dos cadáveres al día siguiente. Ringo se había salvado. El inspector Anderson aclaró los hechos.

En el hospital italiano, el médico que atendió a Bardoni aseguró que estaría en pie antes de quince días. Aquello era aparatoso, pero no grave.

Cuando se enteraron Aldo y su mujer, corrieron a la capilla católica del barrio con todos sus chicos y llevaron un cirio muy grande, que encendieron en el altar de la Virgen.

Después entregaron al párroco una fuerte suma para los pobres.

—... es en acción de gracias. Un «amico» mío, casi un «figlio» debe la vida a la «Vérgine»...

«Pop» también se alegró, y para celebrarlo, se bebió, él solito, dos botellas de «*whisky*». Era un hereje.



¡ATENCIÓN, LECTOR!

Si su librero no tiene el número que
usted desee de nuestras publicaciones
ESCRIBANOS
y lo recibirá a REEMBOLSO, libre de gastos.
EDITORIAL ROLLAN - S. Bernardo, 68 - MADRID

V



URANTE, su convalecencia, Bardoni recibió dos visitas, que calificó de extraordinarias, ya que sus amigos italianos iban a verle cuantas veces lo permitía el reglamento.

La primera fue de Ana María. El muchacho había conseguido telefonarla y hacerse oír al tercer intento; los otros dos fueron un lamentable fracaso. La morena, hablando muy deprisa, le explicó el menguado concepto que tenía de los hombres que declaraban su amor, a gritos, en el vestíbulo de los teatros y después se olvidaban por completo de las citas. Luego disertó largamente sobre la fatuidad de algunos conquistadores de vía estrecha, que suponían siempre pendientes de ellos a las muchachas. Y ella no era de esas; eso nunca.

Bardoni intentó meter baza varias veces sin conseguirlo, y cuando lo logró y explicó que estaba herido en el hospital, la cosa cambió por completo.

—¿Herido? ¿De gravedad?

La voz de la chica expresaba una ansiedad que llenó de íntima alegría al aporreado agente.

—Iré a verle esta misma tarde, no se fatigue ahora hablando. ¿Dónde está ese hospital?

Y Ana María llegó con mucha puntualidad y un gestecillo avinagrado en su cara.

—Todo esto en una pelea callejera. ¿No se avergüenza de beber de esa forma? Porque seguramente estaba borracho, perdidamente borracho y... ¡Santo Dios! ¡Parece usted una momia!

La cara del agente apenas era visible bajo una montaña de vendajes; realmente tenía un aspecto impresionante.

—Ya me han Informado que no es nada serio, pero tiene usted mala cara. Bueno; la que puede verse de usted, que no es mucho.

Bardoni intentó disculparse con palabra torpe; tenía que guardar el incógnito de su profesión, y lo malo era que Ana María empezaba a tomarle por un borrachín pendenciero.

Por fin pudo convencerla de sus hábitos morigerados y estuvieron charlando largo rato.

—... no piense eso de mí, Ana María; ahora no puedo aclarárselo, pero, cuando yo se lo cuente, comprenderá que no tienen nada de vergonzante todos estos chirlos.

—Así será. Pero sea como sea... cuídese más. ¿Me lo promete? No es agradable para una muchacha, tener un... admirador, que parece un depósito de vendas.

Tras el tono burlón e intrascendente de ella, se adivinaba cierta ternura, que emocionó profundamente al agente y le obligó a soltar una tremenda andanada de cursiladas sentimentales. La muchacha cortó el chorro:

—No siga, no siga. Dese usted cuenta que ahora con la fiebre, no merece mucho crédito. Todo puede ser producto de un circunstancial delirio.

Bardoni puso por testigo a casi toda la corte celestial de la verdad de sus palabras y juró y perjuró que la amaba apasionadamente.

—Bueno, hombre, bueno. No sea tan impulsivo; ya discutiremos eso con más calma, porque nos veremos pronto, ¿verdad, Nick?

—Sí. Ana María.

Se despidió con un gracioso mohín, dejando a Bardoni sumergido en una serie inacabable de sueños de felicidad; sueños que fueron cortados por su segunda visita. Era el inspector Anderson.

Aquel hombre respiraba cumplimiento del deber por todo sus poros, y después de informarse sucintamente de la salud de su subordinado, empezó a darle noticias.

—Tenemos ya el informe de los buzos que inspeccionaron el casco del «Ilonian». Estaba yo en lo cierto; no se trataba de ningún accidente. La explosión se produjo por un artefacto que depositaron entre el carbón. Es, pues, un sabotaje de los que pretenden que el Plan Marshall sea un completo fracaso.

Bardoni le explicó su actuación y el inspector le animó:

—Estamos sobre una pista buena. Ese tipo nos conducirá hasta el que le guarda las espaldas. Todo eso no puede salir de un pistolero vulgar, y por cierto, parece que se lo ha tragado la tierra. Bueno, a reponerse rápidamente; ahora no podemos permitirnos el lujo de estar inválidos. ¿Seguirá usted con el asunto o pongo a otro?

—Nada de eso, inspector... Esto es muy rápido. Me refiero a la curación, y me gustaría concluirlo.

—Hasta la vista, Bardoni.

—Adiós, inspector.

Anderson tropezóse en la puerta con Aldo y su digna esposa, que iban a ver al herido. La gorda Germana le llevaba unos dulces de fabricación casera, cuya fórmula ocultaba a todas las comadres de la vecindad. Aldo le informó de cuántos chismes se decían en al tabernucho de «Pop».

Cuando se marcharon, el agente, muy fatigado, cayó en profundo sueño. Y esta vez soñó con Ana María.

El profesor Josefus era un menguado hombrecillo, friolero y vejete, que parecía abrumado por el peso de unas enormes gafas de concha. Su aspecto hacía pensar inmediatamente en la anemia; a todo el mundo le recordaba los anuncios en que se advierte a la Humanidad que, para no estar así, se debe tomar el tónico xxx.

Lo único aceptable en todo su organismo era el cerebro; por

compensación quizá, era una de las mentes más lúcidas de nuestro siglo.

Había dedicado toda su vida a estudios sobre Economía y pasaba, en todos los centros internacionales, por una eminencia en la materia.

Aquella tarde gruñía sin parar un momento, en la pensión donde vivía hacía ya un número respetable de años.

—¡Señora Fellow! ¡Señora Fellow! ¿Dónde diablos está mi traje? La vocecilla del sabio sonaba iracunda.

—¡Señora Fellow! ¡Señora Fellow!

Nadie parecía hacerle caso. Por fin, una mujer gruesa, de mediana edad, apareció en la puerta.

—¿Qué tripa se le ha roto ahora, profesor? ¿A qué viene esa escandalera?

Con las manos en las caderas elefantíacas, la patrona le miraba con una chispa de ternura en los ojos. Se rumoreaba, entre los huéspedes, que estaba tremendamente enamorada del hombrecillo y que incluso le declaró su pasión, hacía ya muchos años. Pero el sabio, preocupadísimo a la sazón en impugnar unos estudios de Adam Smith, no se enteró siquiera.

—Escandalera, escandalera... ¡Son las cinco! ¡Las cinco ya!

La obesa dama le miró con asombro.

—¿Y le parece motivo suficiente para alborotar toda la casa?

Josefus sintió vehementes deseos de asesinarla, pero se pudo contener.

—Señora Fellow: llevo veintisiete años viviendo en su casa; durante todo ese tiempo he demostrado, hasta la saciedad, que soy un hombre perfectamente cuerdo, ¿no es así?

—Así es, profesor.

—Entonces, ¿por qué diablos supone que me obliga a gritar el que sean las cinco de la tarde?

Ante aquel razonamiento, la patrona pareció rendirse y se aventuró a preguntar, tímidamente:

—Entonces, ¿por qué gritaba?

El viejecillo volvió a encrespase.

—¡Porque quiero mi traje! ¡El traje que hace dos horas prometió usted que estaría cinco minutos más tarde libre de manchas!

—Pues haber empezado por ahí. Ahora mismo se lo traigo.

El sabio volvió a sentir impulsos asesinos y nuevamente, en un alarde de voluntad, se contuvo.

La patrona se alejó, diciendo:

—Hay que ver. Desde que ocupa cargos oficiales no hay quién le aguante.

En el fondo, estaba orgullosa de que el profesor hubiese aceptado, tras enconada resistencia, un alto puesto en la dirección financiera del Plan Marshall. Había costado mucho tiempo convencerle, pues mostraba horror a todo lo que significase actividad política.

Pero después fue tomándole gusto al cargo. En el fondo sentía halagada su vanidad cuando altos personajes, tema diario en los periódicos, acudían humildemente a él para exponerle sus dudas. Pudo comprobar la excelente preparación de algunos y la ignorancia abismática de otros, verdaderos arsenales de petulancia y vanidad.

Uno de sus recientes amigos era el senador Emerley. Solía preocuparse mucho por la labor de Josefus y comentaba con él, ampliamente, sus actividades, porque si bien era verdad que se le había recomendado al sabio la máxima discreción, también era verdad que solía hacer caso omiso de la advertencia cuando suponía que la persona con quién trataba era merecedora de su confianza.

Volvía ya la patrona con el traje.

—Aquí lo tiene, profesor; ha quedado muy bien, y eso que yo me dije al verle...

Apresuradamente, Josefus cortó el chorro de los pensamientos profundos que la vista de su traje había despertado en la patrona; la empujó con muy poca cortesía hacia fuera y cerró la puerta, murmurando:

—¿Qué pensará Emerley de mi retraso?

Aquella tarde estaba citado con el senador, en el palacete que habitaba este en Delancey Street, y debía ser asunto sumamente importante, pues el político le había pedido la máxima discreción.

«... mi vida puede depender de ello, profesor Josefus; no le digo más».

Y el sabio, novicio en el mundillo político, se admiraba de los grandes peligros que continuamente corrían aquellos padres de la patria.

Iría en el «sulevay» hasta Broadway y allí le recogería el coche del senador, que le llevaría hasta su casa.

Llegó con algún retraso, pero el coche recuperó los minutos perdidos, y a la hora fijada estaba en la residencia del político.

Al apearse, felicitó al chófer por su pericia y se sorprendió un poco al no reconocerle. Era un tipo alto y moreno, vestido de una manera chillona. Enseguida le explicó:

—Mi compañero Mike disfruta de unas vacaciones y yo le sustituyo durante esos días.

Su voz era bronca y desagradable y con el tono de una persona sin educación ni cultura.

El mismo senador acudió a recibirle.

—Tiene que perdonarme, Josefus. Tengo a la servidumbre en el campo y encontrará algunas deficiencias. Siéntese, por favor.

Emerley tenía unos cincuenta y cinco años. Era alto, más bien delgado y su cabello comenzaba a blanquear. Emanaba de él una distinción, realizada por su correcto vestir, que al economista le producía una admiración incontenible.

—¿Quiere beber algo, profesor?

Pero Josefus no le atendía. Por centésima vez admiraba un Goya auténtico, que, junto con obras de Dalí y Picasso, presidía el despacho del senador.

Emerley se sentó e indicó una cómoda butaca al profesor.

—Hemos de tratar un asunto delicado, Josefus. Delicado y que necesita pensarse bien.

Su voz suave, educada, tenía, sin embargo, un tono vigoroso, que le permitía obtener éxitos innumerables en las fatigosas campañas electorales.

Lentamente fue desgranando sus proposiciones. ¿Veía el profesor todo aquel lujo que le rodeaba? Él sabía que, en el fondo, admiraba y envidiaba un poco, ¿por qué no decirlo?, su magnífica colección de obras de arte. Todo aquello le seducía. ¿No era así?

Josefus asintió con vehemencia. Un poco apartado de todas las vanidades humanas, conservaba, sin embargo, un fanatismo latente hacia el arte, posible válvula de escape de sus áridos estudios.

—... pues todo eso se consigue con dinero. Y —confidencialmente, Emerley dio una amistosa palmada en los escuálidos hombros del profesor— eso es fácil de conseguir.

Se levantó y paseó la habitación con pasos lentos. Su voz, suave y enérgica, se dejó oír de nuevo.

Había hombres que ocupaban puestos claves; una palabra, una indicación suya, podía torcer el curso de los acontecimientos, de la Historia, probablemente. Y esa palabra podía dictarla alguien; alguien que estaba dispuesto a pagar generosamente.

Josefus se revolvía inquieto en la butaca; en su mente se apuntaba las sospechas, pero no quería, no podía darles crédito. ¡Imposible! ¡El senador Emerley era un hombre digno y honrado!

El político se paró ante él:

—En una palabra, Josefus: ¿quiere colaborar conmigo? Hay alguien interesado en que cierto plan de ayuda a Europa no tenga éxito. Usted ocupa un puesto clave en la administración de los fondos Marshall, y con su fama, su gran fama, puede pesar definitivamente en su distribución. Piense un poco en lo que le espera. Un agradecimiento muy —dudó, buscando la palabra— «oficial» y nada más. Conmigo, y sin perder un ápice de su honorabilidad, puede ser rico, mucho más rico que lo que haya podido soñar nunca.

Josefus estaba encarnado. Parecía a punto de estallar. Durante unos momentos no pudo hablar. Cuando lo hizo, sonó su voz aflautada por la cólera:

—¿Se da cuenta de... la canallada que me propone? ¡Sabotear así lo que se ha conseguido con ríos de sangre! ¡Usted es...!

—Por favor, nada de sensiblerías patrioteras. No las digiero.

Con su voz suave y educada, Emerley demostraba todo su cinismo.

—¿Es así cómo responde a la confianza que han depositado en usted? —Josefus temblaba de indignación—. ¿Es así como sirve a su patria? ¡Vendiéndose!

Emerley le contestó, con calma:

—No conozco a nadie más digno de ser servido que yo. Por eso me sirvo a sí mismo. Eso que llama usted patria, no es más que un rebaño de algunos millones de personas, que me tienen completamente sin cuidado. ¿Qué tengo de común con ellos? Nada...

La voz del esteta demostraba orgullo, altivez y todo el profundo egoísmo que formaba la base de su ser. ¡El! ¡Solamente él era

importante en el mundo!

Josefus no encontraba palabras suficientes para insultarle. Balbucía encolerizado, mascullaba amenazas. Había perdido por completo el control. Le repugnaba de tal manera aquella actitud, que, por primera vez en su vida, deploraba su insignificancia física, que no le permitía abofetear al senador. ¡Aquel canalla era uno de los que O'Hara quería desenmascarar! ¡Probablemente uno de sus asesinos!

Le miró con más repugnancia aún, detestando con todo su ser a aquel compendio de inmoralidad.

—Deje ya de gritar, —Josefus, y decida.

Emerley no había perdido su calma, su aristocrática calma.

—¡Aún gritaré más, Emerley; pero será delante de la Policía!

—¿De veras?

La voz del otro sonaba plena de ironía:

—Adelante, Ringo.

El profesor no había oído entrar a nadie. Al volverse, reconoció al circunstancial chófer, que le condujo hasta Delancey Street.

—El profesor está algo excitado y parece que no aprueba nuestro punto de vista. Lo encuentro algo... anticuado.

Ringo, con las manos en los bolsillos y sonriendo desagradablemente, escuchaba al político.

—¿No habrá forma de hacerle cambiar de opinión?

Su aire de matón decía claramente cuál era aquella «forma» que preconizaba. No era la primera paliza que había hecho cambiar radicalmente a un hombre.

Con gesto displicente, Emerley rechazó el procedimiento.

—No. El profesor no es de esos.

Se volvió hacia el hombrecillo, que parecía más pequeño y ridículo en el fondo del sillón.

—Piénselo una vez más, Josefus. La disyuntiva es clara. El que no está conmigo, está contra mí.

—¡Nunca! ¿Lo entiende bien, canalla? ¡Nunca!

En pie, con su desmedrado cuerpecillo erguido, Josefus les desafiaba.

—Lo peor es que nuestro amigo hablará inmediatamente con la Policía. Lo está deseando.

Emerley se dirigía a Ringo.

—Mala gente la Policía. Creo que debemos evitarlo. El profesor no está acostumbrado a tratarlos.

Ringo reía quedamente. Le divertía la petulancia del hombrecillo aquel; encontraba ridícula su exaltación, su entereza. En su cerebro rudimentario no cabían las ideas que hacían desafiar al profesor Josefus la muerte. Porque aquella negativa sería la muerte.

—¿Definitivamente, Josefus?

El sabio le miró, iracundo. Emerley seguía sonriendo.

—¡Nunca! ¡Nunca!

Con un gesto displicente, el senador animó a Ringo:

—Adelante.

Avanzó el pistolero. Josefus habló con voz vibrante, viril:

—¡No me importa nada que me maten! Nunca logrará usted sus planes, y además, aunque logre eludir la Justicia aquí abajo, recuerde que hay un Dios, un Dios, severo y Justo, que le pedirá cuentas en un plazo que siempre es breve.

El tono de su voz, su absoluta carencia de egoísmo, su sacrificio, llegaron a impresionar al político. Pero fue solo un instante.

—Adelante, Ringo.

Con las manos extendidas, avanzaba el asesino contra el profesor.

El vejete se adelantó hacia él. Sentía deseos de luchar. Toda su vida sedentaria se borraba de su mente, para dejar paso a un nuevo hombre. La cólera le daba unas ficticias fuerzas. Le parecía posible acabar con aquellos dos repugnantes seres.

—Vamos, Ringo...

El político tenía prisa por acabar.

Josefus se abalanzó sobre el pistolero. Intentaba pegarle, alcanzar con sus bracitos endebles aquella cara odiosa.

No pudo.

Sonó un puñetazo y cayó sobre la butaca, en la que había estado sentado.

—Sin ruido, Ringo.

El profesor había perdido las gafas. Sus ojos de miope buscaban la silueta de Emerley. La percibía borrosa, casi fantasmal.

—¡Nunca! ¡Nunca!

Los dedos asesinos rodearon su garganta.

Intentó separar lejos de sí aquellos brazos que le parecían de

hierro. Imposible. Era un juguete en manos de aquel tipo.

¡Nunca, Emerley, nunca!

La voz era apenas un suspiro. No podía respirar. La asfixia le hacía debatirse, mientras pedía a Dios perdón por sus pecados. Aquello era la muerte. Bien lo sabía él.

Mentalmente, repitió la frase del Salvador:

—«... y perdónales Señor, porque no saben la que hacen».

Se le iba la visión. El fin. Era el fin.

—Vamos, Ringo, acaba.

La voz suave y educada del senador no traslucía emoción alguna. Veía morir ante él a otro hombre, el mismo que él había sentenciado, y seguía fumando con voluptuosidad sus aromáticos cigarrillos egipcios.

—¿Qué significaba para él la Humanidad? ¡Solamente Emerley era lo importante!

Ringo cesó de hacer fuerza. Se volvió hacia él. Estaba sudando.

—Acabado.

En la butaca, flácido, con la faz amoratada, estaba el cadáver del profesor Josefus.

—Esto nos echará encima toda la Policía, jefe.

Era el epitafio que Ringo dedicaba a su víctima.

—No te preocupes, nos dará tiempo a terminar. Además, la fuga está siempre preparada.

El político tranquilizaba al asesino:

—Hay que tirarlo al agua. Con algo pesado que impida que le encuentren enseguida. Cuanto más tarden, mejor. Vamos, Ringo.

El pistolero levantó el cuerpecillo del profesor Josefus. Pesaba como un niño. Su cabeza chocó contra una mesita enana, que cayó con seco golpe. En el silencio de la casa pareció oír Emerley la vocecilla de Josefus:

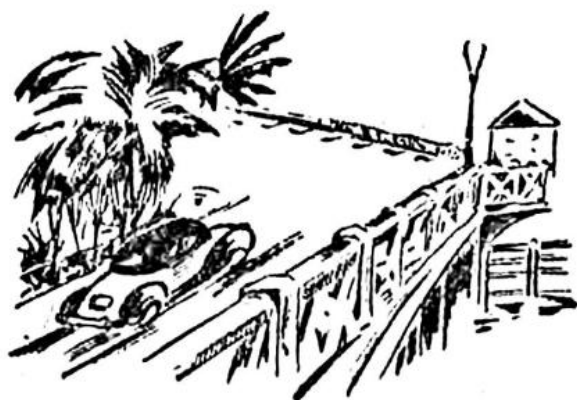
—¡Nunca! ¡Nunca!

Se volvió hacia Ringo.

—Llévatelo de una vez...

Se encontraba un poco, solamente un poco, nervioso.

Salió el pistolero conduciendo el cadáver. Pronto estaría Josefus en su tumba líquida y provisional. La Economía había perdido a uno de sus mejores hombres. Todo un hombre.



AVENTURAS DEL F. B. I.

EXTRAORDINARIO de

AVENTURAS DEL F. B. I.

JEQUE BLANCO

¡LO MEJOR DE LO MEJOR

PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!

VI



L senador Emerley tenía en realidad dos despachos; uno de ellos, el que le servía para trabajar, estaba en comunicación con un pequeño antedespacho, en donde estaba su secretaria Ana María. El otro, en donde había ordenado asesinar al profesor Josefus, le servía para recibir algunas visitas de índole muy privada, y estaba al fondo de la casa.

Una red de teléfonos le permitía ponerse en comunicación, desde él, con Ana María.

Hacía ya un rato que Ringo se había llevado el cadáver del profesor, y aún seguía el senador fumando pensativamente. Su vida, jalonada de aventuras galantes, se le antojaba vacía desde el punto de vista sentimental. Necesitaba para satisfacer aún más su egolatría, para amarse más a sí mismo, el espejo de una compañera, de una mujer. El ansia de amor, peligrosa en el climaterio, hacía

presa en él.

La gentil figura de Ana María había centrado las ansias que le inflamaban, pero, buen conocedor de la mujer, comprendió que el entero carácter de la muchacha no se prestaba para la aventura; ni siquiera para el «flirt».

Su egoísmo de solterón empedernido le hizo vacilar durante mucho tiempo. No le apetecía lo más mínimo perder su libertad, pero la belleza de su secretaria inflamaba su sangre.

Y había terminado por decidir. Se casaría con ella. Nunca se le ocurrió que la voluntad de la muchacha no coincidiese con la suya. Jamás pensó que el todopoderoso Emerley no era el único ser que poblabla el planeta. Estaba habituado a salirse con la suya.

Decidido ya, pensó en solucionar rápidamente el asunto. Llamó al antedespacho. La voz fresca de la joven le respondió:

—Diga.

—Venga enseguida, Ana María. Estoy en el otro despacho.

Se reclinó en la misma butaca en que había muerto Josefus, entornando los ojos con voluptuosidad y aguardando durante unos momentos. Llamaron discretamente en la puerta.

—Pase.

Era ella, radiante de belleza, con un sencillo traje blanco, que realzaba aún más su hermosura morena.

—Siéntese y deje eso, Ana María.

La muchacha depositó en una pequeña mesita el «block» de notas y un lápiz. Siempre que la llamaba el jefe era para dictarla.

Él político la miró con detenimiento. Bonita, bonita de verdad.

—Ana María, quizá la sorprenda un poco lo que voy a decirle — su voz tomaba acentos acanaladores—. ¿Quiere usted fumar?

Con gesto elegante, mundano, acercó hasta ella su pitillera de oro. La muchacha encendió un cigarrillo y esperó. Probablemente el jefe se sentía con ánimo de confidencias.

—¿Tiene usted novio, Ana María?

La secretaria frunció el ceño; realmente se sentía algo extrañada. Jamás se le ocurrió pensar que el frío, el distante Emerley, pudiese sentir curiosidad alguna por su vida privada.

—Pues... no.

La respuesta pareció satisfacer al hombre. Un relámpago de alegría paso fugazmente por su cara, ducha en esconder emociones.

—Me alegro. Ahora, escúcheme: ¿quiere usted casarse conmigo?

El asombro dejó paralizada a Ana María. Durante unos momentos no pudo contestar. ¿Casarse con él? ¿Y por qué?

Con el tono de voz adecuado, suave, insinuante, Emerley proseguía hablando:

—... me encuentro solo, muy solo y he pensado que puedo compartir cuánto tengo, que no es poco, con una mujer. Con usted.

—Pero yo no estoy enamorada. No le quiero a usted.

La contempló durante unos instantes.

—¿Tiene eso mucha importancia? Por ocupar la posición que yo le brindo, muchas venderían su alma al diablo —ante un gesto de la muchacha—. No es que yo pretenda, estúpidamente, hacerme valer ante usted, eso no. Solamente le señalo las ventajas que pueden dar la riqueza y la posición. ¿Ha pensado en lo que lógicamente ha de ser su vida? Trabajo, trabajo aburrido y carente de interés. Un marido mediocre, sin posición; hijos, apuros económicos. No saber nunca lo que es llevar un collar de perlas, ni pasear un abrigo de pieles auténticas por Europa. ¿Vale la pena, Ana María?

La secretaria guardaba silencio. Su carita morena aparecía impenetrable. Astutamente, él hacía salir a la superficie todo el sentido práctico que la mujer lleva consigo.

—Todo eso y mucho más vale su belleza, lo merece su belleza. No debe dejar que se... agote estúpidamente.

Persistía el silencio en ella, pero se la veía prendida en las palabras hábiles del hombre, que, elegante, discretamente, hacía desfilarse ante ella todo lo que puede halagar la vanidad femenina.

—Todavía no soy viejo, Ana María. Sin embargo, le llevo suficientes años para que cuando yo me muera sea usted todavía joven y bella. Piense —añadió con sonrisa cínica— que si no ha sido feliz conmigo, le quedará tiempo para reorganizar su vida con tanta independencia, con tanta libertad como jamás lo ha soñado. Gracias a mi herencia.

Ella le miraba un poco asombrada. Era demasiado nuevo el aspecto que tomaba Emerley para no extrañarla. Siempre había sido el jefe, el hombre que la pagaba, generosamente, su trabajo. Jamás se fijó en él de otra manera. Vela, por primera vez, su figura distinguida, sus modales exquisitos, corteses y... su riqueza, su inmensa riqueza, puesta allí, a su alcance. Estaba aturdida.

—Pero señor Emerley... yo en realidad... no puedo, no puedo darle una respuesta... esto exige algún tiempo. Pensarlo.

El senador la contempló con divertida expresión.

—¿Usted cree?

En el fondo, le hubiera desagradado una victoria demasiado fácil. Hubiese herido su vanidad.

—Piénselo, piénselo cuanto quiera. Y tómese unas vacaciones para reflexionar mejor.

—¿Cuándo, señor Emerley?

—Ahora mismo. ¿Le bastan quince días?

La muchacha titubeó unos instantes.

—Yo creo que sí.

Cuando salió ella, el senador permaneció sentado perezosamente en la misma silla, en la que había muerto el profesor Josefus, pero en realidad ya no se acordaba para nada del sabio. Soñaba, pero de felicidad.

Cuando Nick Bardoni llevaba ya tres días fuera del hospital, encontraron el cadáver del profesor Josefus en las aguas sucias del East River. Una de las lanchas de la Policía tropezó con el cadáver, que flotaba entre dos aguas. La identificación fue laboriosa, porque la larga permanencia en el agua le había convertido en una masa pulposa, donde se multiplicaba con rapidez la fauna del río.

El inspector Anderson le enseñó a Bardoni los titulares de la prensa.

—¿Lo ha leído, Nick?

El agente asintió con un gesto.

—Se nos echan encima. Los chicos de la Prensa empiezan a empujar fuerte... una vez más.

El montón de periódicos extendidos sobre la mesa del inspector tenían aproximadamente, el mismo tono en sus artículos.

«¿Existe la Policía en este país?». «¿Qué hacen Hoover y sus hombres?». «Pagamos tributos. Exigimos Justicia».

—Parece que ellos lo encuentran fácil. La realidad es que avanzamos poco, pero llegaremos a la meta. Los esfuerzos del F. B. I. no serán baldíos.

El inspector Anderson era ya veterano. Sabía calibrar en su justo valor las alabanzas que acompañaban al éxito y las feroces diatribas con que este se exigía, pero a pesar de todo ardía en impaciencia

por echar mano a los causantes de tantos delitos.

—¿Repuesto ya del todo, Bardoni?

El agente contestó con rapidez:

—Del todo, inspector.

—Pues nuevamente a la carga. Si localizamos al asesino del profesor se aclararán muchas cosas. Todo esto anda íntimamente unido. Probablemente el mismo cerebro lo planeó.

El agente comprendía que su atentado era la clave de todo. Si conseguía encontrar al que intentó asesinarle, tendría valiosa información. Había guardado la incógnita de su profesión, de eso estaba seguro. Se le intentó matar por creerle dispuesto a sonsacar al «Tirantes». Se le confundió con un confidente ávido de noticias remunerativas. Y al «Tirantes» lo mataron por suponer que estaba dispuesto a cantar. Y a cantar sobre el asunto del «Ilonian».

Era lo único que justificaba el asesinato. Ningún otro asunto de los ocurridos anteriormente podía hacer tomar tal decisión. Ni aun las drogas, pues el infeliz cargador no traficaba en ellas. Su pobreza, su penuria, lo justificaban plenamente.

Volvió a la taberna de «Pop». Siguió siendo para todos el cargador simpático y jovial, el compañero ideal para tomar unos vasos.

Todos le recibieron con los brazos abiertos. El borrachín tuvo el gesto de invitar a los habituales.

—La casa paga esta noche... hay que celebrar... hay que celebrar... eso es —se le había olvidado lo que tenía que celebrar—. Bueno... pues... Yen, hijo mío, ¿qué es lo que...?

El chino no le dejó terminar:

—La vuelta de Nick.

—Eso, eso.

Y todos bebieron a la salud del muchacho.

Aldo, convertido en un héroe, era mirado con respeto y muchos empezaban a tratarle de usted. Hasta su esposa, la temida Germana, sentía temor al chillarle y estaba con él mucho más suave. El panzudo italiano, siempre bonachón, no se había dado cuenta de la aureola que le envolvía y únicamente se asombraba un poco al ver la cantidad de gente que le invitaba y le hacía contar su aventura.

Nick seguía tenazmente aferrado a su idea y, discretamente, sin ponerlo en evidencia, interrogaba a todos ellos, sin llegar a ningún

resultado.

Aldo creía de buena fe que el robo había sido el móvil de la agresión.

—¿Conocías bien al «Tirantes», Aldo?

El italiano resopló, asintiendo con la cabeza.

—«Molto bene». Era un «povero». Las drogas le mataban. «Tuto» su dinero y «tuta» la salud se le iban por ahí. Siempre en malos pasos por su vicio «maladeto».

Apuró de un trago su vaso y se limpió con el dorso de la mano.

—¿Quién le facilitaba los «asuntos»?

El italiano no sabía nada de eso. Nunca estuvo relacionado con el hampa. El dinero que le daba su oficio de cargador no bastaba al «Tirantes» ni con mucho, para sus gastos.

—... además, no era «regulare» en su trabajo. Faltaba mucho. La salud...

Otra vez Aldo lamentaba la mala cabeza de su compañero.

—Pero ¿quién, quién le facilitaba todo eso?

Aldo se dio una palmada en la frente. ¡Ahora «ricordaba»!

—Últimamente tenía entrevistas misteriosas con alguien, en casa de «Pop». Yo me enteré por casualidad, porque un día...

Bardoni le miraba electrizado. ¡Por fin! ¡Por fin algo concreto!

El borracho era el camino. Él le conduciría hasta donde deseaba. Desde aquel día le tentó con más asiduidad, captándose rápidamente la confianza y el afecto del dueño del tabernucho.

¡Simpático muchacho! El agente se quejaba continuamente de su pobreza, de su falta de dinero. Tenía que hacer algo. No toda la vida había de pasarla como un miserable cargador.

—¡Tú me comprendes, «Pop»! También a mí me gustan los coches caros y me gustaría tener amigas elegantes, pero eso...

«Pop» le comprendía perfectamente: No era la honradez camino que condujese rápidamente hacia el éxito. Ya lo sabía él por experiencia.

En aquel hombre se daba el caso curioso de que únicamente cuando estaba muy borracho hablaba con lucidez. El exceso de alcohol le ayudaba a coordinar sus dispersas ideas y entonces hablaba con claridad.

Un día, Bardoni le defendió contra las iras de unos marineros y le evitó una fenomenal paliza. Desde entonces se sintió ligado por el

agradecimiento al muchacho.

—«Pop» te hará rico, Nick... créelo... El viejo «Pop» es un borracho, un inútil... pero... pero sabe...; sí, sabe da la vida... ¿Tú tienes escrúpulos?

El agente contestó con una risotada. No. Él era listo y sabía que eso no sirve para nada en la vida; únicamente ayuda a ser un pelagatos siempre.

—No, «Pop»; yo también sé por dónde piso. Únicamente quiero empezar, con algo que dé mucho. ¿Comprendes? No importa lo que sea, si se paga bien. Solamente es cuestión de precio.

El borracho le miraba enternecido.

—A tu salud, Nick —aquel día bebía directamente en la botella. Escanciar en un vaso suponía perder tiempo—. «Pop» se encargará de buscarte eso... Yo conozco... yo sé... Y si no me atienden, puedo hablar... y si yo hablo... «Pop» se encargará de todo, muchacho.

Miraba desafiador, contento, seguro de sí. Nadie, nadie se fijaba en «Pop»; ahí estaba su secreto; pero él... sabía.

Sin embargo, se equivocaba. Alguien seguía con toda atención todos sus pasos.

«Pop» solía retirarse a dormir ya de madrugada. Vivía en un tugurio cerca de su taberna, en Caroline Street, y allí encaminaba sus vacilantes pasos cuando el sueño le rendía.

Muchas noches no podía llegar. Tropezaba con los fardos de los muelles y se caía innumerables veces; y en una de ellas se quedaba dormido y al día siguiente le despertaba la algazara de los chicos, que se burlaban de él. Entonces se levantaba con el cuerpo envarado y corría a su taberna, donde Yen atendía a los primeros clientes y empezaba a beber. Un día más.

Otras veces, cuando llovía, caía en los charcos; la humedad y el frío le impedían amodorrarse y llegaba trompicando hasta su cama, donde se dejaba caer vestido, conservando el traje mojado y las botas sucias.

Cuando el sol le despertaba, corría, sin preocuparse de su aspecto, hacia la taberna, y pálido, barbudo, con círculos morados alrededor de sus ojos, empezaba a beber. Un día más.

Aquella noche diluviaba. Se despidió con la lengua estropajosa de Bardoni y se negó en redondo a que el joven le acompañase. Aldo y otros compañeros se llevaron al agente casi a la fuerza. No

querían que se mojase acompañando al borracho. Él ya estaba acostumbrado y se las arreglaría solo.

—Además, tú estás todavía débil, «bambino».

«Pop» no había llegado aquel día a su borrachera lúcida. Su cerebro era un trasto inútil que solo recogía sensaciones confusas. Aquella cara de alcohólico no presentaba ningún destello de inteligencia.

—Yo... yo... tengo que...; bueno, eso.

Mascullaba incoherencias, apoyándose en las paredes, haciendo «eses» formidables, que le obligaban a bajar de la acera.

—Yo... yo...

A veces canturriaba. Sé cayó de bruces en un charco. El fango le manchó todo. Le sintió resbalar por el cuello. Se incorporó entre reniegos, pero al fallarle el apoyo de las manos volvió a caer y se dio con el bordillo de la acera en la cabeza. El dolor le despabiló un poco. Logró sentarse y miró hacia adelante.

Veía mal. Sus sentidos embotados no le transmitían bien las sensaciones. Sin embargo, le pareció ver a alguien acercarse.

—Me ayudará... ese me ayudará...

Gritó débilmente. Se quedó mirando con fijeza y el terror se pintó en su cara. Por un momento dejó de estar embriagado. El instinto le hizo recobrar el dominio de sus sentidos. Ahora veía bien, con toda claridad.

Intentó levantarse, pero una mano férrea se lo impidió. Cayó con un gemido. Un sudor frío le corría por la cara, juntándose al agua de la lluvia. Le temblaban visiblemente las manos. La voz se negaba a salir de su garganta. Únicamente podía farfullar. Par fin lo logró.

—¡Nooo!

Sonó como el aullido de la bestia acosada, herida, que ve imposible la fuga. Después, al silencio volvió a caer sobre la callejuela.

Le encontraron al día siguiente unos chiquillos. Su cuerpo estaba doblado grotescamente y no permitía ver su cara. Aún llovía. Sus ropas empapadas indicaban que había permanecido muchas horas mojándose.

—¡Es «Pop»! ¡«Pop», que está borracho!

Reían con algazara y algunos empezaron a tirarle barro.

—¡«Pop»! ¡Vete a dormir, borracho!

Reían con la crueldad de la infancia. Era un borracho y podían burlarse de él.

—¡«Pop»! ¡Borracho!

Se acercaba, cachazudo, un policía y los dispersó enseguida. Se aproximó al tabernero y le golpeó el hombro con su porra.

—¡Vamos, hombre! ¡Arriba! Menuda pulmonía vas a pescar cualquier día.

El caído no se movió.

—Buena la tienes hoy. Vamos...

Le dio la vuelta para incorporarlo y se quedó mirando con horror su mano manchada. Febrilmente le palpó el pecho.

Cinco puñaladas, una en la base del cuello, indicaban con sus bordes negruzcos el sitio por dónde se escapó la vida de «Pop».

El «cop» llamó enseguida a Centre Street. Mandaron una ambulancia. Hasta que llegó se mantuvo junto al cadáver. Cuando se lo llevaron movió dubitativamente la cabeza.

—Siempre creí que moriría del «*delirium tremens*». Nunca se sabe...



JEQUE BLANCO

es el apodo de un valeroso
agente secreto norteamericano.

JEQUE BLANCO

es el título de una maravillosa serie de
Cuadernos Infantiles
al precio de 1,25 pesetas.

VII



ARDONI pudo disponer de una tarde entera y, naturalmente, buscó a Ana María. Encontró a la muchacha un poco pensativa y algo extraña. Su maliciosa ironía había desaparecido y su conversación carecía en muchos momentos de sentido.

Bardoni, por su parte, tampoco estaba muy locuaz. Pensaba era ya tiempo de aclarar la situación con relación a la chica y no sabía por dónde que empezar.

Que simpatizaban, que no le resultaba desagradable, era un hecho palpable. Pero ¿cómo proponía el matrimonio, pasando, como lo hacía ante ella, por un cargador del muelle? Y, además, pependenciero y borrachín. La cosa no parecía sencilla.

Tímidamente esbozó la cuestión, con diplomacia: pero ella no se

dio por aludida. Había que encauzar el asunto de frente.

—Oiga, Ana María... yo quería proponerle... Claro que es un poco complicado. Se encasquetó el sombrero tres o cuatro veces seguidas, y gracias al beneficioso influjo de este ejercicio pudo preguntar de sopetón:

—¿Quiere casarse conmigo?

La muchacha le miró unos momentos y acabó riéndose. Parecía que le llovían proposiciones casamenteras sin parar. Y todas así de bruscas.

El joven se amoscó un tanto.

—Con franqueza, no le veo la gracia. Al fin y al cabo, le he hecho una pregunta: conteste sí o no y en paz.

El tono, un poco huraño, pareció desagradar a Ana María.

—Supongo que no me lo va a exigir a puñetazos, como parece que es su costumbre. O a tiros, que tampoco le viene de nuevo.

El agente se encrespó aún más. Realmente, aquellos días estaba nervioso.

—Le expliqué suficientemente lo que ocurría en el hospital. Le pedí un poco de paciencia, para poderse aclarar todo. Vuelvo a decirle que aquello no fue por una pendencia de borrachos. ¿Está claro?

—Es probable que para usted sí —respondió ella—, pero para mí, no. Tengo que comprometerme con un hombre relleno de misterios y tapujos... que no me puede explicar. Que pasa en ciertos sectores por cargador de los muelles, en el hospital me lo dijeron, y que desmiente con su conversación y sus modales esa supuesta profesión. Muy claro todo, y, además, debo responder inmediatamente, sin tener siquiera derecho a enterarme, en realidad, con quién me voy a casar. ¿No le parecen demasiadas exigencias?

El razonamiento de ella era bastante lógico, pero a Bardoni, aunque en su fuero interno lo comprendía así, no le parecía bien dar su brazo a torcer. Empezó a vociferar.

—¡Todo eso son excusas! ¡Subterfugios femeninos! A mí me parece que no es tan difícil...

—¡No estoy sorda! ¡Ni lo he estado nunca! Además, no veo la necesidad de que se forme un corro de transeúntes a nuestro alrededor.

Paseaban por el Central Park, bastante desierto a la sazón, sin su público habitual de soldados y marineros con permiso.

Algún guarda, con el aire de infinito aburrimiento, que es privativo de todos los guardas de todos los parques del mundo, bostezaba entre los enarenados senderos.

—¿Quién grita? ¿Quién es el que grita? —gritó Bardoni, exaltadamente.

Aquellos aullidos contestaban sobradamente a la pregunta, pero Bardoni estaba ansioso de aclarar la duda.

Ana María le envolvió en una displicente mirada, en la que latían varias toneladas de desprecio, y contestó altivamente:

—Por lo visto, trata de convencerme de que es un verdadero cargador de muelles. ¿Habitualmente tiene esos modales?

El agente estaba ya frenético.

—¿Quieres decir que soy un mal educado? —Sin darse cuenta había establecido el tuteo.

—Exactamente.

—La muchacha parecía la imagen de la dignidad ofendida.

—Y ahora, seguramente, pensarás decirme que no nos volvamos a ver. Te parece poco, ¿verdad? Te parece poco.

Los verdaderos pensamientos de una mujer son difíciles de averiguar. Puede que Ana María estuviese de acuerdo con la hipótesis de Bardoni y puede que no lo estuviese. Pero se apresuró a contestar lapidariamente:

—Exactamente.

Bardoni la miró enfurecido. ¿Qué se creía aquella presumida?

—Está bien. He vivido veintisiete años sin ti y creo que puedo llegar a los ochenta sin tu estúpida compañía. Adiós —con algo de inspiración volvió sobre sus pasos—. Quiero que tengas un recuerdo mío.

Con brusco movimiento atrajo a la chica hacia sí y la besó. Después se alejó a grandes zancadas.

Ana María permaneció sorprendida durante unos instantes. Después reaccionó y cubrió de invectivas a la figura que se alejaba.

—¡Majadero! ¡Estúpido! ¡Vanidoso!

¿Qué se había creído aquel tonto?

Se marchó muy avinagrada hacia su casa. Seguía enfurecida y comparaba mentalmente a aquel grosero y agresivo Bardoni, que se

había revelado aquella tarde, con el pulcro y atildado Emerley.

—¡Aquel sí que es un caballero! ¡Y sabrá tratarme como una señora! ¡Bruto!

El insulto no era para Emerley, sino para Nick.

Se preparó ella misma una ligera cena, y mientras comía, se dedicó a asegurar mentalmente que no vería más a aquel insoportable individuo, Bardoni, claro está, y que además no le importaba nada.

Pero cuando fue a acostarse y examinó, algo más serena, la situación, tuvo que confesarse que estaba perdidamente enamorada de aquel grosero, de aquel estúpido, de aquel tonto y...

Entonces se dedicó a llorar. Se sentía horriblemente desgraciada y procuraba combatir aquel estado de ánimo perdiendo humedad. Y cuando consideró que había perdido bastante, cesó de hipar y se marchó a dormir. Y se durmió soñando con Nick.

En los muelles causó bastante indignación la muerte de «Pop»; en general, el borrachín resultaba simpático y todos sintieron su trágico fin.

La taberna pasó a ser propiedad de su socio, el chino Yen, que continuó impasible como siempre, sirviendo bebidas.

Pero era uno de los que más indignados estaban. Indignado consigo mismo, porque se dio cuenta, al morir «Pop», que en realidad apreciaba al viejo y que sentía una tremenda nostalgia al no verlo apoyado en el mostrador, musitando incoherencias. Y también indignación, porque veía que la Policía estaba muy desorientada.

Había que vengar a «Pop». Se lo imaginaba agonizando, demasiado borracho para defenderse, sin nadie a su lado para acompañarle en los últimos instantes. Como un perro; sí, señor; como un perro.

Seguramente el viejo «Pop» había musitado su nombre cuando se sentía morir. Parecía escucharle:

«Yen, hijo mío...»

Había que vengarle. Comprendió que en los tratos en que andaba el borracho era fácil encontrar gente capaz de despacharle, y mentalmente fue recordando a los probables asesinos. Se quedó con Ringo.

Era él, no le cabía la menor duda.

Pero el oriental no era hombre de acción. Se consideraba incapaz de vengar personalmente a «Pop». A él le gustaba pensar, planear, pero la ejecución le molestaba.

Se fijó, uno por uno, en los parroquianos habituales, y acabó por desearlos a todos, exceptuando a uno. Le creía capaz de llevar a cabo la misión. Era Nick Bardoni.

Todavía lo meditó y volvió a rehacer sus planes. Llegó a la misma conclusión. El asesino, Ringo, y el hombre ideal para despenarlo, Nick.

Le creía ambicioso, carente de escrúpulos y dispuesto a conseguir dinero con rapidez. En suma, el papel que había estado desempeñando el agente en la taberna.

Esperó, hasta que un día no pudo aguantar más y le llamó al despacho, al viejo y desastrado despacho donde «Pop» resolvía sus turbios manejos.

—Tengo dinero para usted, Nick.

El agente le miró con curiosidad.

—¿Qué hay que hacer?

Se imaginaba algún asunto de contrabando, y en el fondo le pesaba tener que detener al chino.

—Matar al asesino de «Pop».

Bardoni le miró asombrado. Nunca hubiese esperado tal proposición de Yen.

—¿Tú le conoces?

—Sí.

El corazón dio un vuelco en el pecho de Bardoni. ¡Por fin!

Se había comprobado por los técnicos que las heridas que presentaba el cadáver de «Pop» habían sido producidas por un arma similar a la usada para asesinar al «Tirantes». Además, la herida del cuello, en ambos era exacta. El mismo asesino había actuado en los dos casos.

—¿Quién es?

El chino le miró en silencio.

—Conteste primero. ¿Acepta?

El agente le respondió prontamente.

—El asesino de «Pop» será castigado. Puedes estar seguro de ello, Yen. ¿Quién es?

—Se llama Ringo...

Lentamente, los labios del oriental fueron desgranando cuánto sabía del pistolero. Su cerebro había ido ordenando, con una lógica aplastante, todos los hechos y le daba la tarea casi terminada a Bardoni. Le describió sus costumbres, las que él conocía, y los sitios probables en donde podían indicarle la pista para encontrarle, pues el tipo parecía haberse esfumado.

Diez minutos más tarde, desde un teléfono público Bardoni comunicaba con el inspector.

—¿Inspector Anderson...? Aquí Bardoni... Localizado el asesino del «Tirantes»... Seguro, inspector... Escuche...

No le contestaban más que gruñidos.

Era la forma peculiar de expresar su aquiescencia. El inspector Anderson no se daba siquiera cuenta de ellos. Durante largo rato siguió gruñendo.

—Vino aquí procedente de Los Ángeles, y se jacta de no haber tenido en su vida ningún alias. Parece fanfarrón y siempre anda metido en líos con mujeres. Solía contar que...

El inspector Anderson comunicó rápidamente con la Policía de Los Ángeles y esperó pacientemente media hora más, hasta que Bardoni volvió a llamarle.

—El individuo en cuestión tiene antecedentes penales. Cumplió una condena por robo... Sí... sí... La descripción está ya en manos de todos los agentes de la Policía... Sí... parece cauto, y hay alguien de influencia guardándole las espaldas... Exactamente, usted siga las indicaciones de Yen y actúe por su cuenta. Probablemente llegará antes que nosotros. Téngame al corriente de la situación... Sí, sin venir por aquí... Dejaré siempre a uno de vigilancia para que podamos actuar enseguida... Sí, sí, esperando su llamado.

Empezaba la caza.

Ringo llegó muy excitado a casa del senador Emerley. Utilizaba para entrar una puertecilla medio oculta entre la hiedra. El político le había dado una llave y así el pistolero no tenía que pasar por delante de los criados. Aquella parte del palacete estaba, aparentemente, deshabitada, y allí Ringo podía vivir en un cómodo refugio.

Una derivación telefónica le ponía en contacto con su jefe.

—¿La Compañía?

Su voz vibraba en el auricular. Le contestó el mismo Emerley; le reconoció enseguida.

—Es grave, jefe. Necesito verle enseguida.

—Puedes venir. Estoy solo.

Minutos más tarde estaban juntos. El senador estaba envuelto en un batín de seda y fumaba su eterno cigarrillo egipcio.

—¿Qué es lo que ocurre, Ringo?

Su voz no denotaba ansiedad. Tan solo un tono de discreta curiosidad.

—Algo extraño, jefe. ¿Usted tiene confianza en su secretaria?

—¿En Ana María? Hombre... todo es relativo en este mundo. No tengo queja de sus servicios.

—Pues... es una espía... Sí, una maldita espía —hablaba congestionado por la ira—. Está aquí para husmear, para enterarse de...

—Cálmate, Ringo. De bien pocas cosas podría enterarse. Pero ¿a qué viene todo eso?

Ringo se sentó y guardó silencio durante unos instantes. Necesitaba calmarse.

—¿Recuerda al maldito confidente que andaba intentando sonsacar al «Tirantes»? Aquel a quien no pudimos quitar de en medio...

—Tú fuiste el que falló, Ringo.

—De acuerdo, jefe. Ya lo enmendaré en la próxima ocasión. Un fallo lo tiene cualquiera. Pues ese maldito soplón es amigo de ella. Hace tiempo que vengo vigilándola, sin ninguna orden suya, desde luego. Pero no podemos fiarnos de nadie. Esta tarde...

El pistolero relató a su jefe la escena del parque. El mismo lo había visto. El senador le contempló, dubitativo.

—¿No podía ser todo una casualidad?

—No. Picado por la curiosidad he seguido las averiguaciones. Se conocen hace bastante tiempo, pasan por novios. Ella fue a verle al hospital cuando estuvo herido.

—¿Merece crédito la información?

—Sí, jefe.

Emerley guardó un silencio preocupado. La muchacha había negado que tuviese novio... y era precisamente aquel entremetido. Ringo tenía razón.

—Hay que acabar con ella, jefe. Cuanto antes. Puede haberse enterado de algo...

Ringo aparecía un poco pálido. La ansiedad se retrataba en su cara. Le asustaban las posibles infiltraciones. Hombre de poco talento, le resultaba difícil prever los acontecimientos, y cuando no sucedían tal como los pensaba, no era capaz de rectificar los planes.

Emerley seguía silencioso.

—La seguridad es lo primero, Ringo. Pero matarla...

No le gustaba la idea. Prefería tener a Ana María a su lado.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Ringo esperaba, anhelante. ¡Acabar con la espía! ¡Y con su amigo!

—Tenemos un par de trabajos en perspectiva. Armarán demasiado revuelo y tendremos que marcharnos —ante un gesto del otro, continuó—: Ya está todo previsto. Forma parte del plan. Ella vendrá con nosotros. A dónde vamos, poco daño podrá hacernos. Si habla algo de lo «nuestro», solamente conseguirá aumentar la popularidad, que seguramente disfrutaremos, y quién sabe si por ello nos darán alguna medalla. Las cosas de la vida, Ringo. Aquí somos traidores, y en aquella nación seremos unos héroes.

Ringo le escuchaba sin pestañear, pero no parecía convencerle la idea.

—Es mejor matarla, jefe. ¿Qué importa una mujer más o menos? En este asunto...

Su jefe le miró duramente.

—Me importa a mí, Ringo. Esa mujer me importa a mí.

El pistolero guardó silencio.

—¿Y hasta entonces? ¿Tendremos que dejarla suelta? ¿Con su amigo el confidente?

—No seas idiota, Ringo; ella estará aquí, incomunicada.

—¿Secuestro?

Al pistolero no parecía gustarle la idea.

—¿Y por qué no? Sí nos descubren no tendremos más pena que la que nos correspondería por haberla matado. Vamos, hay que arreglarle alojamiento en la parte donde vives tú.

Ana María se extrañó del aviso de su jefe. El en persona la habló.

—Algo imprevisto. Tendrá que suspender las vacaciones... lo

siento mucho, pero hemos de empezar a trabajar enseguida. Mi coche irá a recogerla. Vaya en el «subway» hasta...

La muchacha casi se alegró. El trabajo distraería sus melancólicos pensamientos. Bardoni no la había llamado. Seguramente no la llamaría más.

En el coche la esperaba el sustituto de Mike.

—¿Todavía no vuelve su compañero?

—Aún le quedan unos días, señorita.

Aquel hombre le resultaba extraordinariamente antipático, y Ana María guardó silencio hasta llegar al palacete.

Emerley, ya vestido, la esperaba sonriente.

—Deje el «block», Ana María. ¿Pensó ya la respuesta?

Ringo estaba allí también y su presencia cohibía a la muchacha.

—No...: francamente, no. Creía que me había dado más tiempo. El político seguía sonriendo.

—Así es. Ana María. Tendrá todo el tiempo que guste, pero para que se concentre mejor, vivirá aquí una temporada. Sin ver a nadie.

La secretaria dio un respingo. ¿Se habría vuelto loco el jefe?

—¿Qué tonterías dice usted? ¿A qué viene todo esto? ¡No entiendo una palabra!

—No me gustan algunas de sus... amistades. Mi futura esposa no debe frecuentar ciertos círculos sociales.

—¿Quiere explicarse de una vez? —La chica estaba francamente enojada.

Ringo no pudo contenerse más.

—¡Finge! ¡Finge, espía maldita! Bastantes cosas nuestras habrás contado a tu novio... o lo que sea. A ese idiota de Nick —ante los gestos de extrañeza de ella, siguió gritando—. ¡No sigas fingiendo con ese aire de mosca muerta! ¿Cuánto te pagan, di, cuánto te pagan por esto?

Emerley intervino.

—Basta de majaderías, Ringo —su voz sonaba autoritaria—. A la señorita hay que tratarla con todo respeto. No lo olvides. Y usted, Ana María, deje de hacer escenas y venga con nosotros. De sobra sabe de lo que se trata. Es inútil que empiece a gritar o a hacer bobadas. Está completamente incomunicada, pero no le ocurrirá nada... por ahora.

Entre los dos hombres marchó hacia la prisión que le

preparaban. Una prisión muy agradable y hasta acogedora, pero perfectamente aislada.

Cuando la dejaron sola se sentó en la cama, llena de perplejidad. El senador le había dicho que sabía de sobra de lo que se trataba. No lo sabía. Pero empezaba a imaginárselo.



¡Sin rivales!
HA APARECIDO
EXTRAORDINARIO
de
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡ES UN ALMANAQUE FENOMINAL!

VIII



L sur de Brooklyn, en la costa baja del condado, se encuentra la famosísima playa de Coney Island, que es, en realidad, un gigantesco parque de atracciones.

Nick Bardoni se abría paso con dificultad por entre las hacinados millares de bañistas que mezclaban sus sudores en la arena.

—Por favor, ¿me permiten?

El agente encontraba difícil el avanzar. El antiguo Conynge Hood de los holandeses es hoy una mezcla de Trouville, Luna Park y feria de Neully.

Sobre la amplia y larguísima terraza de madera se amontonaban centenares de casetas de feria, barracones de lona y madera, pintados con chillones colores.

Bardoni algo desorientado, buscaba una barraca de monstruos. Allí le indicó Yen que podría encontrar la pista de Ringo.

Pasó junto a un grupo de teatrillos donde se exhibían las «estrellas» fracasadas del Broadway o la calle Cuarenta y Dos. En aquellos ínfimos tabladillos encontraban aún su sustento los que soñaron con deslumbrar al mundo. Allí ocultaban también su decadencia los que lograron deslumbrarlo.

—¡Pasen, señores, pasen!

El universal grito se repetía sin cesar. Bardoni se detuvo en una caseta.

—¿Conoce a Fiorello, el de los monstruos?

Un hombretón adiposo, subido encima da un cajón, aullaba sin cesar:

—¡Pasen! ¡A probar su fuerza! ¡Por diez centavos podrán contender con el famosísimo Barkley, el que fue campeón del mundo! ¡Solamente por diez centavos podrán intentar derribarlo!

No pareció oír a Bardoni. Aquella letanía, repetida horas y horas, había concluido por producirle una especie de hipnosis. En realidad, le costaba un tremendo esfuerzo cesar de berrear cuando terminaba el espectáculo y regresaba a su casa.

—¡Eh, amigo! ¡Oiga!...

Todo inútil. Seguía implacable y chillón todo el pregón. Dentro, se oían carcajadas. El antiguo púgil, el que fue un día aclamado por el mundo entero, rodaba, ya viejo y adiposo, ante los golpes.

—¡Solo por diez centavos! ¡Diez centavos únicamente!

Y por esa módica cantidad eran muchos los que contribuían a escarnecer la miseria del boxeador. Medio entontecido por el alcohol, el hombre no parecía darse cuenta del descenso. Bardoni se imaginaba su calvario cuando las facultades empezaron a abandonarle. Él lo recordaba como uno de los ídolos de su niñez: periódicos, radios, «cine», todos los medios de la moderna propaganda difundían su nombre en todo el mundo. Después... la eterna historia. La imprevisión, la miseria, el ir rodando por los «rings» sirviendo de reclamo a los que empiezan. Todavía suponía algo vencerle. Más tarde..., ni eso. La barraca de la feria donde se podía pegar por diez centavos...

—Si busca a Fiorello, es más arriba. Siga por ahí.

Aquel mastodonte había coordinado durante unos momentos. Parecía un milagro.

Siguió Bardoni andando entre las atracciones, restaurantes,

tiendas, cafés ambulantes, sumergido en la indescriptible algarabía, zarandeado, empujado, ensordecido por los órganos eléctricos que resonaban angustiosamente, desfigurando hasta lo absurdo las piezas que tocaban.

—¡Por favor! ¡Dejen pasar!

Se confundían los olores, el salobre del mar con las fritangas italianas, y el que exhalaban los puestos de langostinos y ostras, casi podridos.

Un barracón, llamativamente pintado de verde y rojo, ornado con unos cartelones espantosos, le indicó que había llegado a su meta.

—¡El hombre foca! ¡La mujer que no tiene pies ni manos y borda con la boca! ¿Dónde pueden verlo? Solo en la barraca de Fiorello ¡Pasen, señores, pasen! Así aumentarán su cultura, podrán hablar de cosas que seguramente no han visto nunca sus amistades...

Un hombrecillo pequeño y delgado, en mangas de camisa y con un sombrero de paja, no cesaba de gritar y manotear en la puerta.

—¡Vamos, caballero, anímese! ¡La señorita está deseando entrar!

Su cara era un verdadero compendio de truhanería. Sus ojillos pequeños y vivos, la expresión pícara, las arrugas y el color blancuzco de su pelo formaban un conjunto que impedía determinar su edad; podía ser un joven avejentado o un viejo que se mantenía joven.

—¡Nada mejor para los niños! Recuerdo que una vez...

Con ademanes de consumado bufón contaba sin cesar anécdotas y chistes, coreados con estrepitosas carcajadas por los paletos, gentes del interior, que se hacinaban alrededor de la barraca.

—¡Las hermanas siamesas! ¡Únicas en el mundo! Sí, señores: aquí vinieron desde el centro de África. Allí vivían entre una tribu de negros que las tenían en un templo, venerándolas como diosas, porque, lo más curioso, señoras y señores, es que son completamente blancas...

Rubias «girls», bonitas y esbeltas, colgadas del brazo de marineros zanquilargos, sonreían burlonas, mientras mascaban sin cesar «chicle».

A duras penas pudo aproximarse Bardoni al hombrecillo; tuvo que esperar a que concluyese un juego de manos.

—¿Es usted Fiorello?

—El mismo.

—Tengo que hablarle —el agente paseó una mirada a su alrededor—. Pero no aquí.

—Aguarde un momento. ¡Charlie! —Fiorello gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Charlie!

Un hombre gordo, sin barba apenas, dormitaba con la cabeza inclinada sobre su triple papada. Parecía no oír los aullidos de Fiorello.

Cansado este de gritar, le sacudió una patada que le hizo despertarse bruscamente, con una cara de susto totalmente ridícula. El público empezó a reír.

—¡Música! ¡Música! ¡Que toques!

A pesar de gritarle a pocas pulgadas de sus orejas, enormes y amplias orejas, el otro no pareció darse cuenta.

—¿Qué? ¡Grite, que no le oigo!

Tenía una voz atiplada y chillona. Fiorello se desesperaba con grandes contorsiones.

—¿Lo ven, señoras y señores? También tengo, por mi desgracia, al hombre más sordo del mundo —con un suspiro cómico, siguió accionando—. ¡Es mi ayudante!

Seguían las risas. Fiorello empezó a golpear un bombo que estaba delante del otro, incitándole con muecas y visajes a que siguiese.

Se iluminó la cara del gordo.

—Ya entiendo. Música. ¡Haberlo dicho, hombre!

Empezó a aporrear el bombo y unos platillos, mientras soplaba con todas sus fuerzas en una vieja trompeta. El resultado era horroroso. Solamente estando tan completamente sordo se podía soportar aquel estruendo sin enloquecer.

Fiorello lo contempló extasiado. Aquello fue idea suya, y gracias al sordo podía vencer todos cuantos ruidos intentasen producir sus vecinos. Una verdadera alhaja era el tal Charlie.

Por señas indicó a Bardoni que le siguiera, y dando la vuelta a la caseta, se introdujo en un cuchitril donde llegaba más amortiguada la «música» del espectáculo.

—Vamos a ver, amigo mío. ¿Qué es lo que viene a ofrecerme? —Fiorello seguía gesticulando—. Déjemelo adivinar. ¡Ya está! —Se dio una palmada en la frente—. Usted es el representante de Goliat

Bueno, vamos al grano: desde luego me interesa el gigantón, pero tendremos que estipular en el contrato...

—No, no soy el representante de Goliath. Yo vengo...

El agente pugnaba por detener aquella verborrea.

—¿Entonces? ¡Ya sé! Usted es el del circo. Bueno, he de contestarle que no. Yo tengo la exclusiva y como comprenderá, no puedo cederla por esa ridícula cantidad. ¡Sería mi ruina! ¡Si usted se pusiese en razón...!

Bardoni estalló.

—¡Escúcheme un momento! Cese ya de hacer hipótesis raras. No vengo a proponerle nada relacionado con el negocio, no señor. Vengo para que me indique el paradero de un hombre.

Fiorello se envaró. Sus ojillos miraron al visitante, con desconfianza.

—¿El paradero de un hombre? No tengo ninguna agencia de información. Se ha equivocado, amigo.

El agente repuso con calma:

—Puede que sí y puede que no. Me envía Yen, el que fue socio de «Pop». Lea.

Le tendió una carta. El otro la cogió y jugueteó con ella un poco, sin perder de vista a Bardoni. Sacó unos lentes muy grandes y por fin empezó a leer.

—¡Hum! —Torció el gesto según iba enterándose del contenido—. A Yen le debo algún favor importante. No puedo negarme —le devolvió el papel—. Pregunte, amigo. ¿Quién es ese hombre?

Ringo.

El charlatán silbó, excitado.

—Es un mal bicho. Escuche —añadió con ansiedad— esto me puede dar un disgusto de los gordos.

Nick contuvo un gesto de impaciencia.

—Yen me dijo que me ayudaría. ¿Quiere hacerlo o no?

Fiorello se levantó pausado y sacó una botella de un cesto lleno de ropa.

—No se me enfade. Beba.

Llenó dos vasos y ofreció uno al agente.

—Gracias. No tengo sed —Bardoni rechazó la bebida y le miró interrogadoramente.

—Bueno. Recuerde, cuando salga de aquí, que no me conoce. Yo

no le he dicho nada. —Fiorello hablaba en voz baja—. Ringo está aquí.

—¿En la ciudad?

La voz de Bardoni reflejaba la decepción.

El otro le miró con sorna.

—Aquí. En mi barraca. Llegó un poco antes que usted acompañado de una rubia.

El agente se levantó rápidamente.

—Vamos.

—No sea impulsivo. —Fiorello le detuvo—. Yo no doy la cara. Mire por aquí.

Descorrió un pequeño ventanillo del fondo de la habitación. Desde allí se veía la sala. Al fondo, en un pequeño escenario, iban exhibiéndose por riguroso turno los monstruos. Una muchacha, aún joven y guapa, teñida escandalosamente de rubio, muy pintada y con una indumentaria sintética, presentaba el espectáculo y hacía chistes sobre las taras de aquellos pobres seres.

—... en realidad, Maggie es muy feliz. No tiene que gastar un céntimo en lacas para las uñas, ni en zapatero. ¿Verdad, Maggie? Ahora vean ustedes cómo...

Treinta o cuarenta personas, sentadas en incómodas sillas, que llenaban la sala, asistían al espectáculo.

—Es aquel del extremo.

Fiorello señalaba a un hombre alto y moreno, vestido con un traje azul, que se sentaba al lado de una mujer rubia. Fumaba sin cesar, mientras seguía con interés el desfile de esperpentos.

—¿El del sombrero marrón? —Bardoni quería cerciorarse.

—El mismo.

El agente dio rápidamente la vuelta, pero Fiorello le detuvo cogiéndole del brazo.

—Escúcheme un momento aún. Recuerde que no me conoce y además que no quiero, muertos aquí. Me molesta la Policía husmeando.

Bardoni se desasíó y sin contestar nada se dirigió a la puerta.

El sordo seguía aporreando el bombo con salvajes energías. Interceptó el paso a Nick, levantando la pierna y obstruyendo la entrada.

—¡Veinte centavos!

Cesó un momento de tocar en la corneta y esperó mientras seguía dándole al bombo y a los platillos.

Bardoni se hurgó en el bolsillo.

—Es de la casa. Déjale pasar. —Fiorello le hacía gestos desde atrás. Al fin, comprendió el gordo y bajó la pierna.

—Pase —volvió a soplar con furia en la corneta.

La semipenumbra del interior obligó a detenerse unos momentos al agente. Cuando sus ojos pudieron ver, se dirigió hacia Ringo. El pistolero reía a carcajadas, mientras apretaba a la rubia contra sí.

Bardoni empuñó la pistola. Se colocó al costado del otro.

—Queda detenido.

El bandido cesó de reír. Rápidamente bajó el brazo del hombro de la rubia.

—No te muevas. ¡Quietos los brazos!

En la voz del agente se advertía la amenaza no formulada. Dispararía en cuanto el otro iniciase un movimiento sospechoso.

—Salga rápidamente, sin armar escándalo.

La mujer que estaba Jauto al pistolero se había vuelto a medias. Y miraba asombrada al policía.

—Usted no se mueva. Mire hacia adelante.

La voz autoritaria hizo obedecer rápidamente a la rubia. Ringo comenzó a incorporarse.

—Vamos. Rápido.

El bandido se irguió. Agazapado junto a él estaba Bardoni. La pistola del agente se apoyaba en los riñones del asesino.

—¿Puedo saber por qué...?

—Más tarde. Ahora, rapidez.

Bardoni se incorporó del todo y obligó a Ringo a caminar. Dieron un paso. La rubia, la compañera del bandido, al notar que el agente no la vigilaba, se echó violentamente hacia atrás. La silla en que se sentaba golpeó con violencia el bajo vientre de Nick. El dolor le paralizó un momento. Se dobló violentamente y la pistola dejó de apoyarse en el cuerpo de Ringo.

—¡Bien, nena!

Con un giro rápido, el matón se abalanzó sobre el otro. Le pegó un golpe seco en el antebrazo y la pistola salió lanzada de la mano que la sostenía. Al caer al suelo, se disparó.

—¡Vámonos!

Empezó el griterío en la sala. Chillaban las mujeres con gritos histéricos. Los hombres vociferaban, intentando enterarse de lo que pasaba. Los más «prudentes» corrieran alocados hacia la puerta.

—¡Todavía no, Ringo, todavía no!

Con un esfuerzo violento, sobreponiéndose al aturdimiento que el dolor le había causado, Bardoni se lanzó en limpia plancha a los pies del otro. Rodaron por el suelo los dos hombres.

—¡Se están matando! ¡Se están matando!

Una señora gorda chillaba y chillaba. A su conjuro, empezó un griterío infernal. Parecía que las gargantas rivalizasen en exhalar aullidos.

—¡Calma! ¡Calma, señores! ¡No ocurre nada!

Desde la puerta, Fiorello trataba de imponerse. Era inútil. La avalancha humana que buscaba la salida le atropelló; haciéndole caer al suelo. Pugnaba por abrirse paso. El pánico había hecho presa en ellos y solo anhelaban salir, alejarse cuanto antes del lugar donde había sonado el disparo.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Una mujer daba gritos histéricos sin parar. Buscaba a su hijo. Sus ojos lagrimosos no le permitían ver bien. No razonaba. Únicamente tenía fuerzas para seguir chillando.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

A unos pasos de distancia, un arrapiezo, su hijo, la miraba divertido.

La mujer miraba sin ver, agitada ya toda, por al ataque de nervios.

Cerca de allí, los dos hombres seguían la lucha. El policía, fuerte y bien entrenado, intentaba dominar a Ringo, perdida ya la esperanza de encontrar de nuevo el arma.

—¡Quieto ya, canalla!

Pero Ringo era duro, aunque de momento parecía dominado. Siguió forcejeando y consiguió zafarse algo de la presa que lo inmovilizaba. Retorció violentamente la cintura y pudo golpear salvajemente, con el pie, detrás de la oreja del otro.

Bardoni tuvo que aflojar. Con un seco golpetazo intentó aturdir al otro, pero falló. Rodaron abrazados, golpeándose con saña, buscando el eliminar al otro como fuese.

La rubia había enarbolado una silla y animaba a su hombre:

—¡Dale! ¡Dale! ¡No te apures! ¡Yo te ayudaré!

Se sentía francamente agresiva, contagiada por el ardor de la lucha. Con la silla en alto, anhelaba dejarla caer sobre la cabeza del rival de Ringo. Quería aplastarlo.

—¡No le sueltes, Ringo!

No se decidía. Los dos hombres estaban tan estrechamente abrazados, que difícilmente podría golpear a uno sin lastimar al otro. Alguien la cogió por un brazo.

—¡Vámonos, chica! ¡Déjales que se destrocen! La que animaba desde el escenario tiraba de ella.

—¡No, Mary! ¡Déjame! ¡Déjame!

Pero la otra, más alta y más fuerte, la dominaba.

—¡Vámonos! Dentro de poco vendrá la Policía y no te conviene que te agarren.

Aquellas palabras parecieron devolverla la serenidad. Tiró lejos de sí la silla y siguió a su amiga.

Los que luchaban habían conseguido ponerse en pie. Con una guardia muy cerrada, Ringo se defendía de los ataques del policía. Sabía esquivar bien y se tapaba cuánto podía de aquella lluvia de golpes. De repente, vio su oportunidad.

—¡Toma, soplón!

Llevado del ardor del combate, Bardoni se había descubierto y el otro consiguió meterse. Colocó una serie en corto, buscando abrir la ceja del policía.

—¡Toma, soplón! ¡Toma, espía!

Bardoni no levantó los brazos. Jugándose limpiamente el tipo, soportando el castigo, golpeó con todas sus fuerzas el plexo de su rival.

Con un gemido, se dobló Ringo. No podía respirar. Sentía sabor a sangre en la boca. Buscando el golpe definitivo, se lanzó Nick hacia delante. Alguien apagó la luz del escenario. La oscuridad le hizo fallar el ataque.

Quedó la sala iluminada tenuemente por un par de bombillas pequeñas, adosadas a las paredes. Arreció el escándalo.

En el escenario Maggie, la mujer sin pies ni manos, gemía con terror.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Socorro!

Imposibilitada por completo, no podía moverse y miraba

aterroizada aquel mare mágnum.

Fiorello había desistido de encauzar a la gente y lleno de chichones, con todo el cuerpo dolorido, se dirigía blasfemando hacia el escenario, pensaba salir por una puertecilla de atrás. Como una exhalación cruzó ante Maggie.

—¡Fiorello! ¡Fiorello! ¿Qué es lo que ocurre?

Pero el empresario no hizo caso. Pensaba poner fin a todo aquello.

La deforme criatura seguía chillando cada vez más asustada.

—No te apures, Maggie, no te apures.

Por las escalerillas interiores venía el hombre foca, un pobre tarado con los brazos atrofiados, que habían tomado una forma de aletas. Por las exigencias del espectáculo, había tenido que dejarse un enorme bigote, que le cubría casi toda la cara.

—Vamos, Maggie, vamos. No te asustes —con aquellos rudimentarios muñones consiguió levantarla y se dirigió hacia su camerino. La desgracia había unido a aquellos dos seres. Se tenían mucho afecto.

Casi tropezaron con Fiorello. Este les empujó violentamente hacia un lado, dejando paso a cuatro sujetos de facha patibularia.

—¡Vamos rápido, muchachos! Están por allí.

Les señalaba el lugar donde Ringo y Bardoni seguían aporreándose. Uno de ellos, el que parecía el jefe, contestó con un gruñido.

—Recordad que no quiero muertes. Le dejáis dormido y enseguida os largáis con Ringo. Ya sabéis dónde tenéis un coche.

Asintieron los otros, y siguieron hacia adelante. La luz de una linterna que empuñaba el jefe los localizó enseguida a los combatientes. Ringo estaba ya casi en el mundo de los sueños. Se tambaleaba bajo los golpes de los fuertes puños del policía. La falta de luz había hecho que durase tanto rato. Pero ya parecía caer.

—Rápido.

Fiorello les acuciaba.

Empujando a la gente que rodeaba chillando, llegaron hasta los dos hombres.

Una linterna iluminó la cara del agente, dejándole deslumbrado. No veía nada. Algo golpeó pesadamente su cabeza, junto a la nuca. Cayó como un fardo.

—Vamos, Ringo.

El bandido estaba semiinconsciente. Se tambaleaba. Dos de aquellos hombres tuvieron que apoyarle. Casi en volandas, le sacaron.

En el escenario les detuvo Fiorello.

—¿Y el otro?

—Dormido.

Marcharon con rapidez, En la puertecilla, tuvieron que detenerse para hacer pasar a Ringo; era muy pequeña y el bandido, aturdido, aún no acertaba a salir, tropezando con el dintel.

—¡Vamos ya, hombre!

Fiorello les vio alejarse con alegría; en realidad, Ringo le tenía que estar muy agradecido y le devolvería con creces los cien dólares, veinticinco a cada uno, que había pagado a los matones. Y en cuanto a Yen, tampoco podía tener queja. Él había indicado a su enviado dónde estaba Ringo. De lo demás...

Sonrió satisfecho: Realmente, a veces, creía que tenía talento. Volvió a estar de buen humor.

—¡Calma, señores, calma! ¡Ya no pasa nada!

Su vocecilla chillona sobresalía entre las otras.

Los que se hacinaban junto a la puerta, pateándose unos a otros, se vieron violentamente repelidos. Una voz bronca, inquirió:

—¿Qué demonios pasa aquí?

Los conos luminosos de varias linternas iluminaron la escena. Pudo verse el uniforme azul de los «cops». La Policía acababa de llegar.

Abriéndose paso a codazos. Fiorello comenzó a dar explicaciones.

—Nada. Nada; Es que...

Bardoni consiguió medio incorporarse. Con un gemido, tuvo que dejarse caer otra vez. Le dolía horriblemente la cabeza.


PUBLICACIONES TRIUNFANTES

de

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

F. B. I. + EXTRAORDINARIA DEL OESTE
NEVADA + JEQUE BLANCO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¿EL MEJOR ALMANAQUE DEL AÑO?

Sin duda alguna, el

EXTRAORDINARIO
DE
AVENTURAS DEL F. B. I.

IX



EDIO aturdido, Bardoni, sostenido por un agente, se dio a conocer a la Policía. Al ver la placa y comprobar la identidad de aquel hombre, Fiorello palideció visiblemente.

¡Queriendo evitar líos con la Policía, era precisamente un agente del F. B. I., el cuerpo respetado y temido, quien podía acusarle de complicidad con los bandidos!

Su mente trabajaba con actividad. Había que salir del embrollo. Vio clara la solución. Empezaría acusando. Con su labia de hombre callejero, empezó las explicaciones.

—... seguramente tenía cómplices, guardaespaldas, afuera, y en cuanto se organizó el jaleo gordo, entraron para sacarle. Pero yo puedo ayudarles. Les he oído comentar y les he visto meterse en el coche.

Los «cops» y Bardoni le oían con avidez. La descripción del coche, su matrícula, la carretera por dónde habían partido, su probable destino; de todo fueron ampliamente informados por Fiorello. Aquel hombre no tenía amigos. Era capaz de delatar a su propio padre, con tal de salir bien del asunto.

Rápidamente se organizó la persecución; la descripción de los bandidos, el coche que llevaban, todo fue transmitido a las fuerzas del F. B. I. Bardoni comunicó en breves segundos con el inspector Anderson.

La persecución comenzaba. Todos los infinitos recursos del F. B. I. se desplegaron. La descripción de los bandidos, la del coche que les conducía y cuántos datos creyeron oportunos, fueron radiados a los coches patrullas.

El inspector Anderson y dos ayudantes aislaron en el mapa aquella zona, y todos cuantos pasos probables tenían los bandidos fueron bloqueados. Centenares de hombres salieron con rapidez, armados hasta los dientes con metralletas y rifles pesados, haciendo ulular las sirenas de los coches para pasar con rapidez entre el tráfico.

A Bardoni le ordenaron comenzar la persecución desde aquella zona, en combinación con los de la Metropolitana. Le señalaron la ruta más probable de los bandidos y le indicaron con qué coches podía comunicar para que no eludiesen su vigilancia.

Rápidamente salió el agente, seguido, de los hombres uniformados. Fiorello tuvo el cinismo de desearles mucha suerte y pidió desde el fondo de su negro corazón que los cogiesen muertos. Los muertos no hablan y a Fiorello le convenía el silencio.

—Vamos, Charlie. Música.

El espectáculo continuaba. Dentro, arreglaban los pocos desperfectos de la sala. Había que ganar tiempo para conseguir la recaudación habitual. El sordo empezó con su endemoniado ruido.

—¡Pasen, señores, pasen!

El coche de la Policía volaba sobre el asfalto de la Ocean Parkway. Esperaban alcanzar a los bandidos.

Miraban con avidez, esperando encontrar el «Lincoln» verdoso que los conducía.

El coche de los bandidos volaba por la misma avenida. Uno de ellos, el que parecía su jefe, aconsejó al chófer:

—No corras tanto, Mike; no hay por qué echarse a la Policía encima. ¿Cómo está ese?

«Ese» era Ringo. Todavía estaba algo aturdido, pero gracias al vigoroso masaje de otro de los compinches, antiguo boxeador de ínfima categoría empezaba a encontrarse bien.

—Gracias, muchachos —la voz del pistolero sonaba aún sofocada—. Gracias. ¿Quién os llamó?

El jefe le respondió:

—Fiorello. ¿Qué es todo este lío, Ringo?

Con un suspiro, extendió este sus largas piernas. Se sentía horriblemente magullado.

—Un soplón, un maldito soplón, que por lo visto anda tras de mí. Quería detenerme. Llevarme a cualquier estación para sacarme unos cuartos.

—¿Detenerte él?

—¿Y por qué no? Aspiraría a un puesto de polizone y esto sería un buen «debut». ¡Diablos! ¡Por poco lo consigue! ¿Cuánto os ha pagado Fiorello?

—Cien pavos.

—Pues ahí van otros cien.

El jefe de los pistoleros le miró con duda.

—Mira. Ringo. Dinero... bueno nos hace falta, pero... necesitamos trabajo. Ya sabes que venimos de Chicago y que las cosas allí andan mal. Se acabaron los buenos tiempos...

Cincuentón ya, el bandido recordaba con nostalgia la edad de oro del «gansterismo». Cuando Al Capone brillaba con satánica luz propia. Contrabando de alcohol, contribuciones crecidas a los comerciantes prósperos, que se apresuraban a pagar, para defender sus locales de las represalias. Todo muy fácil. Hasta que llegó 1930, el año fatídico, en que las autoridades, organizadas, consiguieron que comenzasen las delaciones de las bandas entre sí, delaciones que provocaron la espantosa matanza entre bandidos, que se conoció en toda América por la «Matanza de San Valentín».

—¿Doblamos por aquí?

La voz del chófer le sacó del mar de recuerdos: habían llegado a Foster Avenue. El jefe miró interrogadoramente a Ringo.

—No. Sigue recto —el bandido ya se había recuperado del todo.

Algunos centenares de yardas más atrás, la Policía seguía

corriendo a todo gas. En las ventanillas, los agentes tenían preparadas las armas. No esperaban que los bandidos se rindiesen.

—Aquí, en Nueva York, todo nos va mal. Necesitamos un «boss» con agallas, alguien que nos oriente, porque nosotros...

Estaban desorientados. En Nueva York el «gansterismo» nunca se ha manifestado espectacularmente como en Chicago. Hablaba con desprecio de los hombres de allí. Asesinos de guante blanco, histéricos que adoraban la música, los perfumes y las mujeres exquisitas. Él no sabía cómo acercarse a aquellos jefes. Él sabía que en todos los escándalos políticos y financieros, aparecía el «gang», la banda organizada, capitaneada por un, al parecer, respetable ciudadano, que los empleaba en negocios lucrativos, tráfico clandestino de armas, estupefacientes, trata de blancas...

—... pero no sé llegar hasta ellos. No nos salen más que porquerías para ir tirando. ¿Por qué no nos coges tú? Ya has visto que somos eficaces y mis muchachos tienen tanto valor como el que más...

Su voz tomaba acentos suplicantes. Imploraba la protección del otro. Ringo les miró atentamente. Hombres así eran los que necesitaban. Parecían duros y muy expertos.

—Bueno, hombre, trabajaréis conmigo. Ahora, que quiero gente con agallas; hay mucho dinero, pero la cosa es gorda...

—¡Mira eso!

La voz del chófer sonaba con un acento histérico, ansioso. El jefe se lanzó hacia la ventanilla posterior. Pudo ver un coche potente, flanqueado por dos motocicletas. Las montaban agentes de la Policía.

—¡La «bofia», Ringo! ¿Vendrán por nosotros?

Estaban aún a un centenar de yardas. Le dio a Ringo unos pequeños gemelos. El bandido miró con atención. Conteniendo una blasfemia, gritó:

—¡Malditos sean! ¡Por nosotros vienen! ¡Allí está el maldito soplón!

El jefe le miró interrogativamente.

—¡No tienen que cogernos, Joe!

El otro se volvió hacia el chófer.

—Ya lo has oído, Mike. Aprieta —se volvió hacia Ringo—. No temas, Mike es una maravilla con el volante en la mano.

El «Lincoln» parecía volar sobre la carretera. Era un coche potentísimo.

Mike parecía haberse transformado. Inclinado sobre el volante, se identificaba totalmente con la máquina. Era el cerebro que faltaba en aquel perfecto mecanismo. Chófer maravilloso, verdadero mago del volante, fue en sus tiempos el conductor particular del coche blindado del todopoderoso O'Bannion, el sanguinario «gángster» rival de Al Capone.

Volvía a ser el mismo, parecía haber retrocedido el tiempo y esperaba oír de un momento a otro la voz cavernosa de su antiguo jefe dándole órdenes. ¡No les alcanzaría la «bofia»!

Los policías notaron enseguida la fuga de los bandidos. Bardoni se volvió hacia el chófer:

—¡Hay que alcanzarlos! ¡Apriete!

El tráfico comenzaba a ser denso. Un sargento de la Policía, el veterano Grogan, preguntó:

—¿Tiramos?

—Si pueden, sí. Pero procuren inmovilizar el coche. Me gustaría cogerlos vivos.

El potente «Lincoln» les sacaba alguna delantera. Con habilidad demoníaca, Mike se escurría entre el tráfico. Se oyó crepitar la pistola del sargento.

—¿Falló? —Uno de los agentes de atrás le preguntaba.

—Fallé.

En aquella posición, con la endiablada velocidad y temiendo tocar a otros coches, hasta el mismo Grogan fallaba.

Los bandidos torcieron por Parkside Avenue. El coche policiaco, derrapó violentamente al tomar la curva, de una manera suicida. Grogan volvió a tirar. Sin resultado.

—Resulta difícil.

El sargento se sentía algo humillado y aguardaba expectante la próxima ocasión. Al enfilear la Flatbush Avenue, lugar tranquilo, de poco tráfico en aquellas horas, creía poder desquitarse.

—¡Malditos! ¡Se nos despegan!

El «Lincoln» había conseguido ganar terreno. Enfiló la recta, haciendo silbar el suelo bajo sus ruedas. Mike conseguía aumentar la distancia.

Joe rebosaba satisfecho. Aquella demostración le gustaba.

—¿Qué le parece, Ringo?

Pero el bandido no estaba tan contento. Temía el paso del puente de Williamsburg, saturado a aquellas horas de policías, que estarían aguardándoles.

—Ya veremos, Joe. Prueba a pararlos.

Dispararon los bandidos. Ellos no tiraban al coche. Procuraban alcanzar al conductor.

—¿Blanco?

Con un gruñido, Joe dijo:

—No. Desde luego les he dado, pero siguen corriendo.

En el parabrisas del coche de la Policía, de cristal inastillable, un agujero fatídico señalaba el impacto. El chófer se agachó instintivamente y perdió algo de velocidad.

—Cerca ha ido. Pero demasiado alto.

Bardoni intentaba no darle importancia al asunto. Firme en su puesto, infundía tranquilidad a aquellos hombres. Si la bala hubiera dado tres dedos más abajo, todo hubiese terminado. El chófer se agachaba cuánto podía.

—Vamos. Aprieta.

Bardoni y el sargento Grogan dispararon casi simultáneamente.

—¿Tocados?

El agente del F. B. I. no creía haber fallado. Era casi infalible con la pistola. Contestó, rápido, al sargento:

—Creo que sí. Pero siguen corriendo.

En el coche de los bandidos se oyó un gemido de dolor. Ringo se derribó violentamente hacia delante. Algo parecido a un latigazo de fuego había chocado en su hombro.

Joe le incorporó.

—¿Mucho?

El bandido tenía la cara pálida de dolor. Pero haciendo un esfuerzo, logró sonreír.

—Nada, un rasguño. Me han parado el brazo izquierdo, pero todavía me queda este.

Con un gemido entrecortado, se volvió, disparando.

—¡Malditos sean!

El hombro le quemaba. Sentía nublársele la vista, pero era duro; con un esfuerzo evitó el desmayarse. Seguramente le habían tocado el hueso.

De una manera inverosímil, Mike se desvió por Flushing Avenue. Parecía un milagro que el coche hubiese podido hacerlo así. Aquello desafiaba todas las leyes de la Física.

—Ya nos acercamos al puente.

Joe había enronquecido. También él vislumbraba el enorme peligro que corrían.

Era el momento definitivo.

También Grogan lo creía así. Se dirigió a Bardoni:

—Ahora veremos cómo se las arreglan en el Williamsburg Bridge.

Ya se distinguía a lo lejos, veían agentes uniformados bullendo de un lado para otro, deteniendo los coches. Algunos de estos estaban estacionados junto al bordillo. A su alrededor, hombres vestidos de paisanos empuñando armas. Agentes del F. B. I.

—Esto se presenta feo, Ringo.

—El bandido hizo una mueca. ¡Y tan feo! Pero no podían retroceder: tenían cortada la retirada. No podían más que seguir.

—¡Adelante, Joe! ¡Que el diablo cargue con todos!

Joe se volvió hacia el chófer.

—Hay que pasar, Mike. Arréglatelas como puedas.

El coche perdió velocidad. Ante él, tres agentes les apuntaban con ametralladoras. Uno más les hacía señas para que se detuviesen.

—¿Se irán a entregar sin lucha?

Desde el coche de la Policía, Grogan les miraba con asombro.

Bardoni también estaba sorprendido. Parada increíble.

—¡Qué raro todo esto!

El agente no daba crédito a sus ojos. El «Lincoln» parecía dispuesto a detenerse. Los tres «cops» se disponían, sin bajar sus armas, a rodearlo. También le apuntaban desde atrás.

—¡Levantad las manos!

La orden fue ostentosamente obedecida por Joe y sus hombres. También Ringo lo hizo con un gesto de dolor. Únicamente Mike permaneció aferrado al volante, y de repente, cuando nadie lo esperaba, lanzó el coche, pisando el acelerador a fondo.

Volaron como trágicos peleles dos de los agentes. El bárbaro choque les lanzó coma piedras hacia el asfalto. La cabeza de uno de ellos se abrió como una fruta madura y su sangre salpicó a los otros. El otro, reventado, permanecía doblado.

Mike, a pesar de todo, no perdió el control del coche. Lo enderezó rápidamente y se lanzó como una flecha por el puente. Sonó una descarga y empezaron a crepitar las ametralladoras.

—¡Parece que les protege el propio Satanás!

Grogan no daba crédito a sus ojos. En toda su larga carrera de policía no había visto nada parecido, porque el coche había atravesado el puente y, después de llevarse una «moto» por delante, corría ya por Delancey Street.

Una ráfaga de plomo jalonaba el paso de los fugitivos. Les tiraban desde todos los sitios. Las balas agujereaban la carrocería del coche; pero, inexplicablemente, no le habían tocado en ningún punto vital. No se detenía.

Los del puente cesaron de tirar. Otros coches de la Policía y del F. B. I. se habían interpuesto y perseguían al maltrecho «Lincoln».

En su interior, Joe se incorporó algo, pues todos se habían tendido en el fondo, pegándose al piso.

—¿Cómo va eso?

Delante de él tenía la respuesta. Agarrado a una ventanilla, danzando macabramente al zarandeo del coche, oscilaba uno de sus hombres. Por fin, cayó sobre él, manchándole de sangre. Le volvió y no pudo contener una exclamación de horror. La cara le había desaparecido, materialmente borrada por una ráfaga de ametralladora. Era una pulpa, un amasijo sanguinolento que no tenía vestigios humanos. Se confundían trágicamente las astillas azuladas de los huesos con los pingajos de la carne.

Le dejó caer.

—¡Mike! ¡Mike! ¿Cómo andas?

Le contestó, con voz desfallecida:

—Tocado. No aguantaré mucho. El chófer sentía enorme dificultad al respirar. El sabor de sangre de la boca le indicaba claramente dónde le habían dado. Pero se aferraba al volante.

—¡Aguanta, condenado, aguanta un poco! ¡Ya estamos!

Ringo necesitaba llegar hasta el palacete de Emerley. Allí estaba el jefe, el cerebro que sabría sacarles del atolladero donde se habían metido. Muchas veces se jugó la vida a su mandato y ahora era justo que le salvase.

¡Llegar! ¡Llegar!

Con un rápido viraje, el coche se metió en la acera, chocando

violentamente contra la verja, que rodeaba la residencia de Emerley, cerca ya de la puerta.

Mike se había desplomado y el coche, falto de conductor, había terminado su carrera.

—¡Abajo! —rugió Ringo.

Las balas crepitaban a su alrededor como moscardones de la muerte.

—¡Adentro enseguida!

Joe y el otro «gángster» arrastraban el cuerpo inanimado de Mike.

Entraron como una tromba por la entornada puerta.

—¡Ay!

Con un grito de agonía, Ringo se desplomó. Los otros continuaban corriendo, animados por los gritos del bandido:

—¡Seguid! ¡Seguid!

Cuando lograsen parapetarse, le podrían proteger con su fuego.

Con un salto de tigre, Joe se metió tras unos remates de piedra, junto a la escalinata.

—¡Vamos, Ringo! ¡Ahora!

Rápidamente lanzó una granada de mano contra los agentes, que ya se divisaban en la puerta. Era una pequeña «Breda», de las que inundaron el mundo, fabricadas por Italia. Fácil y cómoda de llevar encima.

Sonó la explosión. Se levantó una polvareda, y Ringo, haciendo un esfuerzo sobrehumano, pidiéndole a su cuerpo toda la energía que pudiese dar, logró franquear la puerta del palacete ayudado por los bandidos.

HA SALIDO el

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡32 páginas monumentales
solamente por 4 pesetas!

X



N pie, en el centro del vestíbulo, les contemplaba Emerley. Tenía el ceño fruncido y sus rasgos endurecidos demostraban su tensión.

—¿Qué es esto, Ringo? ¿Qué es lo que ocurre?

Su voz sonaba dura, violenta. Fumaba nerviosamente.

—La Policía... la Policía, que se nos echa encima, jefe...; son muchos... son muchos. Hay que huir.

Apenas podía hablar. Herido, agotado, veía llegar el fin, impotente para hacerle frente, para jugársela y ganarla. Una vida que se le marchaba ya por los balazos que agujereaban su cuerpo.

—¿Y estos?

Señalaba con el gesto a los dos pistoleros, que hacían fuego desde las ventanas.

Joe, sin volverse, contestó al político:

—Él nos contrató.

El senador miró con disgusto a Ringo.

—¡Idiota! —masculló entre dientes.

Veía deshechos sus planes. Se veía en peligro por aquel tipo que acudía a morir allí mismo, buscando el cubil como una bestia herida.

¡Salvarle! ¿Y para qué? Le había pagado generosamente y no tenía por qué preocuparse de él.

Expectante, Ringo le miraba desde el suelo. Era la mirada del perro de caza que teme que le rematen al quedar herido, inútil en la lucha.

—Hay que huir, jefe...; son muchos... Huir...

Le tenía miedo a la muerte. Si hubiese caído estando sano, habría luchado hasta el fin; pero ahora, herido, casi inconsciente, se sentía débil y atemorizado como un niño. La misma sensación que debieron sentir muchas de sus víctimas, impotentes ante él. Lo que experimentaron con seguridad Josefus y «Pop» al morir.

¡La vida le trataba con justicia!

Emerley los miró.

—Sí, hay que huir. Pero necesitamos unos momentos. ¿Podréis contenerlos aún, muchachos?

Joe contestó, lacónico:

—Con estas armas, no.

Miraba despectivamente su automática.

—Ahí va eso.

Agachándose, el senador les dio unas «Thompson». Aquello ya era otra cosa. Del armario empotrado en la pared sacó una tercera, que empuñó con decisión. Disparó contra los policías. Había que animar a sus hombres.

—Seguid aguantando. Enseguida saldremos.

Joe ni contestó siquiera. Veía el fin de su carrera de bandido y pensaba llegar al final. Nunca creyó morir en una cama.

La habitación era un infierno. Batida desde todos los ángulos, las balas se estrellaban siniestramente en todos los puntos. Ringo, tirado en el suelo, se sentía morir. Una sensación de angustia, de miedo infinito al gran salto, le empapaba de sudor las sienes.

—¡Jefe! ¡Jefe...!

Su voz semejaba el gemido de un niño. Llamaba al único que

creía podía detener el desenlace. ¡Siempre se había mostrado todopoderoso!

—¡Jefe! ¡Jefe...!

Presentía con asombrosa claridad la muerte. Un miedo atroz, como jamás creía que podía llegar a experimentar, le invadía. El temor a lo desconocido, la ansiedad, le dominaba. Veía con claridad su vida asquerosa, jalonada de crímenes y de delitos. Jamás había obedecido a ninguna ley moral, y ahora, al sentirse tan pequeño, tan insignificante, deliraba de terror.

—¡Jefe! ¡Jefe...!

En su niñez, su madre le hablaba de Dios, de un Dios que le pediría cuentas de sus actos. Y llegaba el momento de darlas. Empezó a sollozar histéricamente.

Junto a él, revolcándose en el suelo, Mike agonizaba entre estertores y jadeos, manchando con sus bocanadas de sangre el pavimento.

Emerley había desaparecido. Encorvado, había logrado ganar la escalera y correr hacia la habitación donde estaba encerrada Ana María.

—¡Huir! ¡Pues claro que sí! Siempre había previsto este momento y estaba preparado. Pero no se llevaría como lastre a ninguno de aquellos hombres. Asesinos a sueldo los hay en todas partes. ¿Para qué los necesitaba?

Ana María era algo distinto... La llevaría con él, porque su belleza, su juventud, sí que podía utilizarlas. Serían su recreo.

Abrió violentamente la puerta. La muchacha, muy pálida, le interrogó con la vista.

—¡Nos vamos, preciosa!

Había desaparecido la persona educada, dejando ver la bestia egoísta y malvada que era.

La muchacha había retrocedido, horrorizada, al verle. Presentía la matanza.

—¡Menos remilgos, estúpida!

La agarró brutalmente por las muñecas y, como ella se resistiese, la abofeteó bárbaramente.

—¡Vamos, idiota! ¡No estamos para fiestas!

Abusando de su corpulencia, la llevaba a empujones, arrastrándola por el suelo, dándole patadas y puñetazos.

Había perdido todo vestigio de ser humano. Aquello lo consideraba suyo y se lo llevaba. No contaba más que su voluntad. ¿Cómo se atrevía aquella estúpida criatura a contradecirle?

El terror tenía medio paralizada a la secretaria. Jamás creía que un hombre pudiese bestializarse así. ¿Dónde había quedado el exquisito Emerley que ella conoció?

—¡Aprisa! ¡Los de abajo parece que acaban!

El inspector Anderson había ordenado el asalto definitivo a la casa... Los agentes avanzaron a saltos cortos y rápidos. Varias granadas de gas les protegieron durante el corto trayecto y el fuego de dentro cesó.

Joe yacía de bruces sobre el alféizar. Un agujero en su frente indicaba el balazo definitivo.

Su compañero aullaba de dolor, revolcándose entre saltos de epiléptico, con el abdomen materialmente deshecho. De repente se quedó quieto, mirándolo todo con ojos de asombro infinito. Había muerto.

Ringo, en un rincón, seguía gritando débilmente:

—¡Jefe! ¡Jefe!

Al ver a los policías, comprendió la traición de Emerley. Había huido sin él. Le dejaba como un estorbo inútil caído, sin fuerzas para defenderse. ¡Canalla! ¡Canalla!

—Este aún alienta.

Un policía, inclinado sobre él, gritaba la nueva a sus compañeros.

La idea de la venganza se dibujó clara en el moribundo. ¡Todavía se acordaría de él aquel traidor!

—¡Quiero hablar! ¡Tengo que confesar muchas cosas!

Corrió hacia él un taquígrafo y, con todos los requisitos que prescribe la ley, fue quedando sobre las cuartillas la larga serie de crímenes que habían cometido juntos Ringo y el jefe, Emerley.

El inspector Anderson silbó, asombrado. La imagen del anciano O'Hara vino a su imaginación y murmuró:

—Tu obra, viejo; tu obra. Ahora la terminaremos nosotros.

En una camilla se llevaron al agonizante. Junto a él, un capellán castrense, de los pertenecientes a la Policía, le exhortaba.

Bardoni, con un grupo del F. B. I., registraban el extenso jardín.

Buscaban a Emerley al mismo tiempo que otros lo hacían por la

casa.

A su lado caminaba Grogan, el veterano sargento. Comentaban la fuga de los bandidos.

—Realmente increíble. Jamás llegaré a explicarme cómo pudieron atravesar el puente.

En el fondo del jardín, bien oculto a sus miradas, Emerley metía a empellones a su secretaria en un helicóptero.

—¿Lo ves, hermosa? Para un ratón listo, siempre hay un agujero. ¡Esos idiotas, rodeando la casa, y pasaremos por encima de sus propias narices! ¡Ja, ja! —se reía como un demente—. Aquí mismo lo montó mi chófer, que se ha ido de vacaciones al infierno. Cerca de aquí está su tumba y nunca podrá decir nada a nadie.

La muchacha estaba aturdida, tan aturdida, qué su cuerpo y su cerebro apenas funcionaban. El ruido del motor pareció devolverla a la vida.

—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Déjeme!

Aporreaba al político, que, agarrado a los mandos del aparato, no conseguía despegar.

—¡Quieta, loca!

Consiguió elevarse un par de metros, pero los empellones de la muchacha le impedían controlar el aparato.

Se acercaban corriendo los policías, con Bardoni a la cabeza.

—¡Es ella! ¡Es ella!

El agente había reconocido, a través de los cristales de la cabina, a Ana María, que forcejeaba con el senador.

—¡No disparen! ¡Pueden herirla!

El político había conseguido dominar, a medias, a aquella fierecilla que le arañaba.

—¡Tonta! ¡No lo estropees al final!

El aparato se elevó algo más.

Con gesto sereno, Bardoni apuntó la ametralladora. Concentró todas sus potencias en el pulso. Ladró la «Thompson», y un chorro de balas medio cortó las aspas del helicóptero.

Con un crujido cayó de lado. El motor en marcha seguía runruneando.

Entre las astillas sacaron en volandas a la joven.

El senador gritaba como un condenado:

—¡No tiréis! ¡Me entrego! ¡Me entrego!

Solamente veía, en el colmo del terror, aquellas bocas de fuego que le apuntaban, presagiándole la muerte.

—¡Me entrego! ¡Me entrego!

No recordaba que llevaba armas. Se arrastraba como un gusano, aterrorizado, impotente. Toda su falsa «pose» de hombre duro, había desaparecido.

Imploró de rodillas frente al sargento:

—¡No! ¡No! ¡Te daré dinero! ¡Soy rico! ¡No dispaes!

Aquel espectáculo de abyecta cobardía había asqueado de tal manera a Grogan, que no pudo contenerse. Le dio una bofetada.

—¡Cochino!

Se dominó enseguida. No era más que un agente de la autoridad. Otros, más competentes, juzgarían a aquel asesino, a aquel traidor que no vaciló en vender a su patria por unas monedas y que no tenía el coraje suficiente para caer como un hombre, haciendo frente a los que eran sus enemigos. Prefería la silla eléctrica.

—¡No tires! ¡No tires!

El senador seguía suplicando, arrastrándose por el polvo.

Grogan sacó unas esposas. No, él era solamente un policía y no tenía derecho a encolerizarse. Sonó un chasquido metálico.

—¡Vamos!

Con las manos esposadas, el político les siguió como un borrego.

Bardoni sostenía a Ana María, que se había desmayado. Le restañaba la sangre de un corte que tenía en la cara. Presentaba muchas erosiones y magulladuras.

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!

La dejó en manos de los camilleros y corrió a recibir órdenes del inspector Anderson.

Ana María llevaba ya varios días en el hospital. Su rostro estaba cubierto de vendas y, aunque el cirujano le había asegurado que no quedarían señales, no estaba muy alegre. Permanecía silenciosa y despreocupada de todo.

Entró una enfermera rubia y muy guapa, con unos preciosos ojos azules, que llevaba una brazada de periódicos.

—¿Cómo te encuentras? —Las dos muchachas sé habían hecho muy amigas desde el primer día—. ¡Fíjate en la que ha armado tu jefe! Bueno, tu antiguo jefe. ¡Vaya un bicho!

Emerley había causado un escándalo magno con sus

declaraciones. Buscando aminorar su pena, había confesado todo cuanto sabía. El revuelo fue enorme. Los chicos de la Prensa, aunque con algunas restricciones oficiales, pudieron llenar sus columnas de artículos sensacionales.

Personalidades destacadas habían dado con sus huesos en la cárcel, y desde allí intentaban parar los golpes, utilizando hábiles abogados. Pero fueron muchos los que rechazaron con asco e indignación la defensa de tales personajes. La idea de traición a la patria pesaba mucho en sus conciencias.

Todos los periódicos parecían reconciliados con el F. B. I., y las alabanzas llovían sobre la manera de realizar el importante servicio.

La labor del anciano O'Hara había por fin dado fruto, gracias a esos hombres. Se le recordaba con pena y orgullo. Un combatiente más caído por la gran causa.

Ana María no parecía interesarse mucho por la charla de su amiga.

—¿No ha telefoneado?

La rubia le contestó enseguida:

—No; «él» no ha telefoneado.

Él era Bardoni y el orgullo de la morenita se resentía mucho de aquel silencio. En el fondo de su alma aborrecía aquella tonta disputa del parque.

¿Estaría él tan resentido? ¿Sería definitivo?

¡Ah, los hombres! ¡Todos eran iguales! Tanto hablar de amor y después, por una pequeñez...

Ahora notaba que quería al muchacho, como no lo había soñado nunca.

La rubia intentaba consolarla.

—Mira, chica, no te preocupes. Hombres hay muchos. Yo también estuve a punto de casarme y, cuando se deshizo la boda, creí enloquecer. Sin embargo, ahora...

Sus confidencias se vieron interrumpidas por una extraña procesión. Tres personas habían entrado en la sala. A su cabeza, guiándoles, Aldo; después, Bardoni y la voluminosa Germana.

Ana María se sintió muy emocionada y lamentó, desde el fondo de su alma, no tener un espejo, un poco de tiempo y llevar tantas gasas en la cara. Instintivamente se atusó el cabello.

Los tres personajes se detuvieron ante su cama. Bardoni la miró

con algo de sorna.

«¿No se avergüenza de beber demasiado? Porque supongo que esto habrá sido en una pelea callejera. ¡Santo Dios, parece una momia!».

Eran, poco más o menos, las palabras con que ella saludó al muchacho cuando fue a verle al hospital. ¡Estúpido! ¡Majadero!

¿Solamente había venido a burlarse?

Sintió unas ganas tremendas de llorar, pero permaneció muy tiesa, con un gesto de afectada seriedad.

—Me alegro de verle, pero no puedo mantener conversación mucho tiempo; me fatigo, ¿verdad?

Buscaba el asentimiento de la enfermera. La rubia dijo que sí con la cabeza.

El muchacho siguió imperturbable:

—No fue ese el informe del doctor. Pero en fin...

Parecía que la entrevista había terminado.

¿Era eso todo? Ana María se sentía defraudada y un tanto humillada.

Bardoni siguió hablando:

—Quiero presentarle a unos amigos. Él es descargador del muelle. Se llama Aldo, y su mujer, Germana. A pesar del mísero sueldo han tenido diez hijos y viven. Claro que no alternan mucho en sociedad.

Los dos italianos esbozaron un torpe y cohibido saludo. La verdad era que no entendían nada. Bardoni les había hablado de una manera distinta sobre lo que les llevaba allí.

La muchacha no pudo contenerse más:

—¿Piensa estar burlándose de mí toda la tarde? ¡Márchese! ¡Márchese!

Bardoni, al verla tan afectada, cambió por completo y la preguntó humildemente, después de pedirle perdón doscientas veces, si quería casarse con él.

Y Ana María dijo entre pucheros que sí.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! Ahora ya puedo decirte que soy agente del F. B. I., y le mostró la placa, muy orgulloso.

La rubia felicitó efusivamente a su amiga y Aldo, perdida su timidez, le contó que Nick les había pedido que fuesen los padrinos.

—... gracias a él vivo, ¿sabes?

Bardoni recordaba con agradecimiento la intervención del italiano en el muelle, cuando Ringo había estado a punto de acabar con él. El bandido había muerto unas horas después de la detención de Emerley.

Ana María encontró muy bien el proyecto y Aldo se volvió resplandeciente a su mujer.

La gorda Germana entendía muy mal el inglés, y su lenta inteligencia no le permitía comprender con claridad aquel lío.

Interrogó quedamente a su marido. ¿Qué sucedía? ¿Accedía por fin la «signorina»?

En su tierra, las cosas no se hacían así. Recordaba lo nervioso y solemne que estaba Aldo cuando, hacía ya muchos años, muchos años, fue a pedir su mano a la humilde casita de sus padres. ¡Aquella América! ¡Jamás acabaría de comprenderla!

Bueno, bueno: ¿en qué quedaba todo aquello? ¿Habría boda?

Su marido la contestó, riendo:

—«Sicuro! Leí lo diche»!

Y señalaba a Bardoni. Para él era omnipotente.

FIN

O. C. TAVIN

El magnífico escritor, de excelente densidad psicológica, nos presenta su más interesante y dinámica obra

AL BORDE DEL ABISMO

Cuando los seres humanos, por ambición y debilidad moral están al borde del abismo, a punto de deslizarse por la inclinada pendiente del Mal, es cuando más se necesita que haya una persona de experiencia y valor que los aparte de la profunda sima. Un agente especial del F. B. I.

AL BORDE DEL ABISMO

SE PUBLICARÁ EN LA PRÓXIMA SEMANA

HA APARECIDO

JEQUE BLANCO

En una serie de soberbios cuadernos infantiles se publicarán quincenalmente las distintas aventuras corridas por un agente secreto de los Estados Unidos, en varios países exóticos. Le ayuda en su peligrosa labor, **ALI** un niño huérfano, fiel y valeroso.

JEQUE BLANCO

Será leído por toda la juventud Hispano-Americana al igual que
Aventuras del F. B. I.

